

Traducción inglés-español de un
fragmento del libro:
The Time of my Life by
Cecelia Ahern

Trabajo de Fin de Máster escrito por

Nuria Pla Becerril

Tutorizado por

Inés García López



MASTERS IN PROFESSIONAL TRANSLATION

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

TARRAGONA, 2023

Declaración de autoría

Yo, Nuria Pla Becerril con documento nacional de identidad 37386847-W, declaro lo siguiente:

- I. este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecendebidamente citadas.
- II. entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus indicaciones al respecto.

Nuria Pla Becerril

7 de junio de 2023



Descargo de responsabilidad de plagio

Declaro que el trabajo aquí presentado es original, salvo en lo que se refiere al material de origen explícitamente reconocido;

Asimismo, reconozco que conozco la política y la normativa de la Universidad en materia de honestidad en el trabajo académico, así como las directrices y procedimientos disciplinarios aplicables a las infracciones de dicha política y normativa, tal y como figuran en el sitio web de la Universidad.

Nuria Pla Becerril

7 de junio de 2023



TABLA DE CONTENIDOS

Declaración de autoría	2
I. Introducción	4
II. Presupuesto	5
III. Factura	6
IV. Texto original (ver anexo).....	7
V. Texto traducido (ver anexo).....	7
VI. Comparación del presupuesto y la factura	7
VII. Comentario de la traducción	8
VIII. Herramientas de traducción	13
IX. Conclusión	14
X. Autoevaluación.....	15
XI. Bibliografía y e-bibliografía.....	16
Anexo	
I. Texto original	18
II. Traducción	46

I. Introducción

Mi Trabajo de Fin de Máster (TFM) consiste en realizar una traducción literaria del inglés al español acompañada de una reflexión sobre la misma. Mi interés por la literatura nace cuando estudiaba Filología Inglesa en la universidad. Aunque acabé trabajando como docente, mi pasión por la literatura anglo-sajona fue aumentando al tiempo que descubría autores y autoras de todas las épocas. Por este motivo, cuando empecé el Máster de traducción profesional, me interesé por la asignatura de traducción literaria ya que me gusta la literatura del siglo XIX contemporánea y por qué al hacer las prácticas en una editorial tuve la oportunidad de traducir una novela de manera remunerada.

Cuando en el marco del máster de traducción profesional publicaron las ofertas de traducción en el tablón de anuncios, hice una lista de las ofertas de traducción literaria y tomé nota de las que más me interesaban y me puse en contacto con ellas. Una de ellas me respondió aceptando mi solicitud. No obstante, al escribir a la coordinadora del máster, me dijo que dicha oferta ya estaba cogida. Hablé con la tutora y me ofreció hacer otra traducción, a escoger de mi agrado.

Asistí a la primera tutoría con una propuesta: traducir el libro *The Time of my Life* de la escritora irlandesa Cecelia Ahern. No fue una elección cualquiera, sino que esta novela significa mucho para mí. La compré en un aeropuerto británico mientras esperaba que se abriera la puerta de embarque para ir a visitar a mi familia. Su portada colorida y con tonos metalizados me llamó la atención, así como el título.

La protagonista desencantada de su trabajo y de su vida personal vive ahora en un estudio en Dublín. Pero se engaña a sí misma repitiendo que le gusta su vida y que fue ella quien dejó a aquel chico del pasado. Un día empieza a recibir cartas donde su propia vida la cita para hablar convirtiéndose así a la vida en un personaje más que la ayudará a no engañarse a sí misma, a mejorar su autoestima y aceptar las cosas como vienen.

La novela se desarrolla con el objetivo de mejorar su vida a través de los consejos que el personaje de su vida le da.

II. Presupuesto

QUOTE

NPL TRANSLATIONS



Number: **2023-0001**
 Date: **2023-03-10**
 Currency: **EUR**

CUSTOMER: **Lang&Co.**

Address: Carrer de l'Escorxador, 43003
 Tarragona

VAT Number: **000006543**

VENDOR: **Mrs. Nuria Pla**
Freelance translator
Address: *Calle Liverpool 299*
Barcelona
08007 España
Business Number: **78801999 / 0**
VAT Number: **LU999888888**

Purchase Order	Job/Project Number	Job Completed	Job Description	Project Manager	Service	Units	Quantity	Unit Price	Job Total (EUR)
1	The time of my life	2023-03-10	Translation from the book <i>The Time of My Life</i> by Cecelia Ahern. From English to Spanish	Nuria Pla	Translation	pages	31	12 euros/page	403
						Number of characters per page	2100		
						Total characters	62,401		

Please, make all amounts payable **within 30 days** to:
 Name: **Nuria Pla**
 IBAN: **0001 0002 0003 0004 0005** | BIC: **ES8**
 Bank: **ING**
 Bank Address: **Calle Maria de Kent 23,**
Barcelona

	Jobs Total:	403
I.R.P (INCOME PERSONAL TAX)	IRPF 7% :	56,42
NO VAT applicable (Activitat exempt d'IVA)	TOTAL DUE (EUR) :	346,58

III. Factura

INVOICE



Number: 2023-0001
 Date: 2023-04-14
 Currency: EUR

NPL TRANSLATIONS

CUSTOMER: Lang&Co.
 Address: Carrer de l'Escorxador, 43003 Tarragona
 VAT Number: 000006543

VENDOR: Mrs. Nuria Pla
 Freelance translator
 Address: Calle Liverpool 299 Barcelona 08007 España
 Business Number: 78801999 / 0
 VAT Number: LU999888888

Purchase Order	Job/Project Number	Job Completed	Job Description	Project Manager	Service	Units	Quantity	Unit Price	Job Total (EUR)
1	The time of my life	2023-04-14	Translation from the book <i>The Time of My Life</i> by Cecelia Ahern. From English to Spanish	Nuria Pla	Translation	pages	31	12 euros/page	403
						Number of characters per page	2300		
						Total characters	62,401		
						Total words	11,132		

Please, make all amounts payable **within 30 days** to:
 Name: Nuria Pla
 IBAN: 0001 0002 0003 0004 0005 | BIC: ES8
 Bank: ING
 Bank Address: Calle María de Kent 23, Barcelona

	Jobs Total:	403
<i>I.R.P (INCOME PERSONAL TAX)</i>	IRPF 7% :	56,42
<i>NO VAT applicable (Activitat exempt d'IVA)</i>	TOTAL DUE (EUR) :	346,58

Operación exenta de I.V.A al tratarse de una traducción literaria para una clienta autónoma, tal y como consta el artículo 20 de la Ley 37/1.992 del Impuesto Sobre el Valor Añadido (I.V.A.).

IV. Text original (ver anexo)

V. Texto traducido (ver anexo)

VI. Comparación del presupuesto y la factura

Cuando hablé con la clienta sobre el texto que quería que tradujera, ésta me pidió un presupuesto donde detallara el precio de unas 10.000 palabras, dándole un precio cerrado por página, contando que cada una tendría una media de 2.100 caracteres. Actualmente mi tarifa es de 12€ por página para este tipo de traducción literaria, no es una tarifa muy elevada pero estoy empezando en el mundo de la traducción y quiero hacerme un lugar.

Durante el proceso de traducción no hubo ningún cambio a destacar del presupuesto a la factura final. Se ajustaron el número de caracteres por página y el número de palabras traducidas, que sumaron 11.132. Apliqué una retención del I.R.P.F del 7% porque todavía estoy dentro de los tres primeros años como traductora y teniendo en cuenta la totalidad de mis ingresos según la jornada laboral que hago. La factura está exenta de I.V.A porque la clienta es autónoma y la traducción es una obra literaria tal y como recoge el artículo 20 de la Ley 37/1.992 del Impuesto Sobre el Valor Añadido (I.V.A.).

La traducción se entregó una vez finalizada y revisada dentro del plazo establecido. Las dificultades durante la traducción fueron mínimas ya que todas las dudas y los acuerdos como el tipo de letra, o traducción de nombres propios de topónimos, o se acordaron con la clienta cuando solicitó el encargo.

VII. Comentario de la traducción

La traducción de los capítulos cinco, seis y siete de la novela fueron hechos de manera manual, sin utilizar ninguna herramienta de traducción automática o TAO porque al tener el libro físico en formato de papel, me pareció más fácil y adecuado ponerme a traducir la novela de esa forma.

Inicialmente, la traducción no parecía presentar dificultad ya que la novela está escrita con un lenguaje sencillo y próximo al lector. Está escrita en primera persona y narrada de forma autobiográfica por la protagonista, Lucy Silchester, una mujer joven, independiente y con conflictos personales por resolver. No obstante, cuando empecé la traducción, me di cuenta que lo que parecía un lenguaje llano, no era tan fácil de traducir y tuve dificultades para encontrar el mismo tipo de registro en español. Aunque podría haber hecho grandes cambios en la traducción, opté por ser lo más fiel posible a la novela para no perder la esencia.

Al inicio de la traducción, en las conversaciones con mi tutora, me di cuenta de la importancia de la palabra vida; que aparece en la novela como un personaje más y por eso decidimos escribir en mayúsculas en la traducción, a pesar de que en la novela original se utiliza la palabra vida en minúscula.

A partir de esa indicación, hubo otras palabras, frases, sintagmas y complementos que me hicieron dudar de cual sería la traducción más acertada.

A continuación, incluyo una tabla con algunos de los problemas de traducción que están clasificados por su carácter gramatical, de puntuación, de tiempos verbales, y del vocabulario. En la columna de la izquierda se plantean los problemas y en la columna de la derecha se encuentra la solución propuesta para cada caso:

1. Problemas gramaticales.

No he encontrado problemas gramaticales graves a la hora de traducir el texto. A continuación expongo un ejemplo :

Problema	Solución
1.1. 'then u left ur tv on cos I'm outside ur door'. Frase escrita en un texto coloquial y abreviado (<i>slang</i>).	<i>entonces t has dejado la tele encendida pq toy en la puerta de tu casa.</i> Frase escrita en un registro

	coloquial en un SMS.
--	----------------------

2. Problemas de puntuación.

Cabe destacar que el puntuación del diálogo en inglés es diferente a la puntuación del diálogo en español. En inglés los diálogos no van encabezados por un guión largo sino por comillas. Así mismo, en la finalización del mismo se cierra con comillas en inglés y con guión en español.

Dejando de lado el problema explicado anteriormente, a continuación expongo algunos problemas de puntuación:

Problema	Solución
2.1. ‘Where did you get that computer – 1980???’	— <i>¿Cuándo compraste este ordenador? ¿En 1980?</i> En este caso en el original hay dos signos de interrogación para expresar sorpresa y la solución ha sido hacer dos preguntar para enfatizar la pregunta y el año de compra.
2.2. ‘I don’t need your help, thank you. Please take your hands off the—’ ‘Let me just—’ ‘Get your hands off the—’	— <i>No necesito tu ayuda, gracias. Quita las manos del...</i> — <i>Deja que...</i> En inglés la frase incompleta acaba en (—) y en español en (...) ya que representa mejor que la frase está inacabada.

3. Problemas con tiempos verbales.

Los problemas verbales sobretodo se centran en la traducción del pretérito perfecto tal y como describo en los siguientes ejemplos.

Problema	Solución
3.1. ‘then you left ur tv on...’.	(...)entonces te has dejado la

<p>Es un pasado simple</p>	<p><i>tele encendida...</i></p> <p>He cambiado el tiempo verbal a pretérito perfecto compuesto y no pretérito imperfecto como normalmente se traduce el <i>Past Simple</i> en inglés. En español peninsular <i>te has dejado</i> es más común que <i>te dejaste</i>, siendo este último más común en el español de Hispanoamérica.</p>
<p>3.2. ‘The trail from the hostel to Machu Picchu has taken about one and a half hours’.</p>	<p><i>Hemos tardado una hora y media en recorrer el sendero desde el albergue hasta el Machu Picchu.</i></p> <p>He cambiado el sujeto y el verbo al traducirlo ya que en español queda más claro si se habla en primera persona.</p>

4. Problemas de vocabulario.

A continuación describo algunos problemas de vocabulario

Problema	Solución
<p>4.1. <i>various ‘me meeting life’ scenarios</i></p>	<p><i>Escenarios posibles de la cita con la VIDA.</i></p> <p>A pesar que en la novela se ha personificado a la vida, en el texto original ésta se escribe en minúscula. En la traducción he escrito en mayúsculas la palabra vida la primera vez que aparece en el texto para enfatizar que hay una personificación y no estoy</p>

	hablando de la vida tal y como la entendemos.
4.2. 'blood red'	<i>rojo pasión.</i> Al tratarse del nombre de un tono de esmalte de uñas, es más llamativo el rojo pasión que no el rojo sangre. Éste último no incita a su compra.
4.3. 'Columbo'	<i>Colombo.</i> El nombre del personaje de la serie de televisión se ha traducido a su equivalente al español.
4.4. 'It was the American Pie woman'	<i>Era la señorita sureña.</i> He buscado información sobre la tarta americana y su origen. Se recogen las primeras recetas en el sur de Estados Unidos. Por lo tanto, coloquialmente puede referir a una persona originaria del sur de dicho país.
4.5. 'killjoy'	<i>Aguafiestas</i> La palabra es más adecuada que no una traducción literal como 'asesino de la felicidad', el término en castellano es <i>aguafiestas</i> .
4.6. 'workaholic'	<i>trabajo-dependiente</i> A pesar de que la RAE incluye 'trabajólico' como calco del inglés yo no he escogido porque es más común en el español en Hispanoamérica.
4.7. (...) 'when Lego	<i>(...)cuando construir al estilo</i>

<p>architecture in the sixties was acceptable’.</p>	<p><i>de Lego estaba de moda.</i> Se ha optado utilizar estilo en vez de arquitectura por Parece más fluido y más espontáneo que no traducirlo literalmente.</p>
<p>4.8. stabilisers</p>	<p><i>Ruedines para bicicleta.</i> Ruedines no está incluido en la RAE pero tiene un uso extendido en las tiendas especializadas y un uso popular extendido.</p>

VIII. Herramientas de traducción

En la medida de lo posible, he intentado realizar una traducción literal y reflejar el carácter jovial e irónico de la protagonista. Para ello he utilizado diccionarios especializados como el diccionario de Cambridge, el de la RAE y en la IATE; he buscado palabras en registro coloquial en *Urban Dictionary*; por último, he utilizado TAO.

Una vez traducidos los tres capítulos sin ningún tipo de herramienta de traducción automática, revisé el texto y especialmente la puntuación en inglés y en español difiere una de otra y me pareció interesante prestarle atención. Para la revisión de la traducción dividí la pantalla de mi ordenador con el documento en la lengua original a la izquierda y el traducido por mí a la derecha, y fui revisando frase por frase.

Una vez finalizada la revisión y posterior lectura, pasé el texto por un control de calidad con la herramienta XBENCH para ver si habían errores que se me habrían podido pasar por alto. Volví a revisar todo y se lo envié a mi clienta.

IX. Conclusión

Gracias a la realización de este trabajo de final de máster, he observado que hay una diferencia entre las primeras hipótesis que se realizan antes de la traducción y las dificultades a las que una se enfrenta a la hora de traducir. Aunque había leído el texto original hace años y ahora otra vez, nunca me pareció un texto difícil; estaba escrito en primera persona y la protagonista era más o menos de mi edad. Su manera de hablar y de expresarse es muy cercana a la mía. Sin embargo durante la traducción, me he dado cuenta las frases tan coloquiales no son fáciles de traducir porque remiten a imaginarios diferentes en las dos lenguas.

El máster me ha ayudado a organizar, aprender, aplicar criterios coherentes a la hora de escoger el vocabulario más adecuado en mis traducciones, así como a desarrollar una manera crítica de analizar los textos y buscar la mejor traducción adecuada a cada momento. Además, he aprendido a hacer presupuestos, facturas y glosarios utilizando un editor de cálculo y a aprender sobre las leyes, impuestos y el resto de aspectos vinculados a la profesión.

Los profesores y las profesoras del Máster nos han enseñado las herramientas necesarias para ser traductoras y traductores ya sea de textos literarios, científicos o generales; así como de material audiovisual, proporcionando las herramientas necesarias para aprender a subtitular películas o canciones. Nos han formado y dado herramientas para ser capaces de empezar nuestra carrera profesional al finalizar el máster.

X. Autoevaluación

Después de finalizar el redactado del trabajo, es necesario revisar y realizar una autoevaluación para comprobar si los objetivos inicialmente planteados se han tratado, valorar los conocimientos adquiridos a lo largo del proceso y reflexionar sobre lo aprendido a lo largo del Trabajo de Fin de Máster.

El objetivo del trabajo era reproducir una situación real en la cual solicito trabajo en una empresa ofreciendo mis servicios como traductora y siguiendo todo el proceso que requiere dicha situación. La lucha con otros compañeros por el puesto de trabajo deseado nos ha mostrado la realidad de un mercado laboral restringido y con pocas ofertas en relación con los traductores y traductoras que hay en el mercado laboral. A lo largo del máster, diferentes docentes nos habían explicado la difícil situación laboral a cual se enfrentan, así que la simulación de un mercado laboral nos ha acercado a la realidad.

Los conocimientos adquiridos a lo largo del máster me han hecho decantarme hacía una traducción literaria; género que siempre me ha llamado la atención. He aprendido a hacer presupuestos y facturas, a perfeccionar el uso del procesador, a subtitular y a perfeccionar mis habilidades como traductora. No obstante, considero que la formación académica no es suficiente para que una persona se adentre en el mundo laboral de la traducción y un trabajo como éste, al final del máster es necesario para poner en práctica todos los conocimientos y para aprender a solucionar imprevistos que pueden surgir.

El Trabajo de fin de Máster me ha permitido plasmar todos los aprendizajes adquiridos a lo largo del máster poniéndolos en práctica, siempre bajo la supervisión y el consejo de la tutora. Esta última siendo una figura primordial durante el proceso de aprendizaje ya que me ha acercado a la realidad y enseñándome el cómo es un intercambio laboral real.

XI. Bibliografía y e-bibliografía

- Novela en papel: *The Time of My Life* by Cecelia Ahern, 2011.

ISBN 978-0-00-735044-5

- Universitat Rovira i Virgili.

<https://www.urv.cat>

- Real Academia Española.

<https://www.rae.es>

- Información sobre la escritora Cecelia Ahern.

<https://www.cecilia-ahern.com/books-inner-pages/the-time-of-my-life>

- Cambridge dictionary.

<https://dictionary.cambridge.org/>

- Terminología interactiva para Europa (IATE)

<https://iate.europa.eu/home>

- Terminology and QA for professional translators.

<https://www.xbench.net>

- The Urban Dictionary

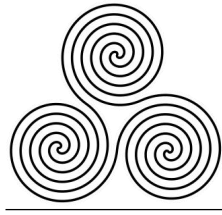
<https://www.urbandictionary.com/>

- Fundación del Español Urgente.

<https://www.fundeu.es/>

Anexo

I. Texto original



CHAPTER FIVE

Sunday. It had loomed over me all weekend like that giant gorilla over that building in that film and finally it had plucked me into its evil clutches. I'd had a night full of various 'me meeting life' scenarios. Some had gone well, others not so well, one was entirely in song and dance. I had every conversation imaginable with life – in that weird dream way that made absolutely no sense when you woke – and now that I was awake, I was exhausted. I pressed my eyelids together again, squeezed them tight and forced myself to have a dirty dream about the cute guy on the train. It didn't happen, Life kept bursting in on us like a judgemental parent catching a naughty teen. Sleep wouldn't come, my head had already woken up and was planning things; smart things to say, quick retorts, witty comebacks, intelligent insights, ways to cancel the meeting without seeming insulting, but mostly it was planning my wardrobe. On that note, I opened my eyes and sat up. Mr Pan stirred in his bed and watched me.

'Morning, Hilary,' I said and he purred.

What did I want to say to my life about myself? That I was an intelligent, witty, charming, desirable, smart woman with a great sense of style. I wanted my life to know that I had it all together, that everything was under control. I surveyed my dresses on the curtain pole. I had pulled them all across to block out the sunlight. I looked at my shoes below them on the windowsill. Then I looked out the window to check the weather, back to the shoes, back to the dresses. I wasn't feeling any of it; this was a job for the wardrobe. I leaned over and opened the wardrobe door and before it had fully opened, it hit the edge of the bed. It didn't matter, I could see in just enough. The bulb inside the wardrobe had blown about a year ago and so I reached for the torch beside my bed and shone it inside. I was thinking, trouser suit, skinny fit, black tuxedo jacket, a touch of eighties revival shoulder pad; black vest; heels, 85mm. It said to me, Jennifer Aniston recent Grazia cover but it would hopefully say to Life, easygoing, relaxed but that I took my life seriously, suit-wearing-serious. It also said, someone has died and I'm going to their funeral, but I was hoping Life wouldn't be thinking about death. I left Mr Pan sitting in a peep-toe double platform watching Gene Kelly in a sailor suit in *On the Town* with promises I'd take him outside in a few days. From the elevator I heard my next-door neighbour's front door close.

I pounded on the button to close the door, but I was caught. A trainer appeared through the crack in the closing doors and there she was.

‘Almost got away,’ she smiled. The doors slid open and the buggy was revealed. She manoeuvred it into the confined space and I was almost knocked back out into the corridor by the overloaded baby bag over her shoulder. ‘I swear it just takes me longer and longer to get out of the apartment every day,’ she said, wiping her shiny forehead.

I smiled at her, confused as to why she was talking to me – we never talked – then looked above her to watch the numbers light up as we moved down.

‘Did he disturb you last night?’

I looked into her buggy. ‘No.’

She looked shocked. ‘I was up half the night with him screaming the place down. I was sure I’d have the building banging on my door. He’s teething, the poor thing, his cheeks are flaming red.’ I looked down again. Didn’t say anything.

She yawned. ‘Still, at least the weather is nice this summer, nothing worse than being cooped up inside with a baby.’

‘Yeah,’ I said when the doors finally opened. ‘Have a good day,’ and I ran out ahead of her before she took the conversation outside.

I probably could have walked to the offices where I was due to meet Life but I got a taxi because the cute guy wouldn’t be on the train at this hour and I couldn’t rely on Sebastian to get me anywhere after yesterday’s trip up the mountains. Apart from that I wasn’t too sure where I was going and there was nothing worse than meeting your life with blistered feet and sweaty armpits. The building was visible from a mile away, it was a horrendous construction, a brown oppressive square high-rise block on stilts with steel windows, a giveaway to the age of the building when Lego architecture in the sixties was acceptable. As it was Sunday the building was deserted and the car park beneath the block was empty apart from one lonely car with a punctured wheel. The one that couldn’t get away. The security booth was unoccupied, the barrier was up. No one cared if the entire thing was airlifted and brought to another planet, it was so ugly and desolate. Once inside, the building smelled of damp and vanilla air freshener. A reception desk dominated the small lobby with a desk so high I could just make out the tip of a back-combed bouffant hairsprayed head. As I neared I discovered that what I’d thought was air freshener was actually perfume. She sat painting thick nails with blood-red varnish, layering it so thickly it was gloopy. She was watching *Columbo* on a small TV monitor on the desk.

‘Just one more thing,’ I could hear Columbo say.

‘Here we go,’ she chuckled, not looking at me but acknowledging me. ‘He knows he did it already, you can tell.’ It was the American-pie woman I’d spoken to on the phone. While Columbo asked the murderer for his autograph for his wife she finally turned to me. ‘So what can I do you for?’

‘We spoke on the phone this week, my name is Lucy Silchester and I have an appointment with Life.’ I gave a high-pitched laugh. ‘Oh yes, I remember now. Lucy Silchester. Did you call that carpetcleaning company yet?’

‘Oh ... no, not yet.’

‘Well, here you go, I can’t recommend it no more than I already did.’ She placed the business card on the desk and slid it toward me. I wasn’t sure if she had brought it especially for me or if she was so enthusiastic about the company that she carried a suitcase of cards around with her to hand out to passers-by. ‘You promise me you’ll call now, won’t you?’ Amused by her persistence, I agreed.

‘I’ll just let him know you’re here.’ She picked up the phone. ‘Lucy’s here to see you.’ I strained my ear to hear his voice but I couldn’t make anything out. ‘Yes indeedy, I’ll send her on up.’ Then to me, ‘Take the elevator and go up to the tenth floor. Take a right, then a left, you’ll see him then.’

I made to leave then paused. ‘What’s he like?’

‘Oh, don’t you worry – you’re not scared, are you?’

‘No,’ I waved my hand dismissively. ‘Why would I be scared?’ Then I gave that same laugh that told everyone within a five-mile radius that I was scared, and made my way to the elevator. I had ten floors to prepare myself for my grand entrance. I fixed my hair, my posture, my lips all pursed in a sexy but I-didn’t-know-it way; my stance was perfect, a few fingers of one hand tucked into my pocket. It all said exactly what I wanted to say about me but then the doors parted and I was faced with a ripped leather chair with a tattered women’s magazine missing its cover and a wooden door in a wall of glass with uneven Roman blinds. When I went through the door I was faced with a room the size of a football pitch filled with a maze of cubicles separated by grey partition walls. Tiny desks, old computers, tattered chairs, photos of people’s kids, dogs and cats pinned around the desks, personalised mouse pads, pens with pink furry things stuck on top, holiday photos as screen savers, birthday cards, random cuddly toys and multicoloured mugs that said things that weren’t funny. All those things people do to make their squalid little square foot

feel like home. It looked exactly like my own office and it immediately made me want to pretend to photocopy something to waste some time.

I made my way down the maze of desks, looking left and right wondering what on earth I'd find, trying to keep the same cool friendly look while inside I was frustrated that my big meeting with Life was in this shithole. And suddenly there he was. My life. Tucked behind a grotty desk, head down scribbling on a ratty notepad with a pen that by the looks of his constant scribbles on a pad, wouldn't work. He wore a wrinkled grey suit, a grey shirt and a grey tie with the triple spirals of life embossed on it. His hair was black and peppered with a little grey and was dishevelled, his face had a few days of stubble. He looked up, saw me, put down the pen, stood up, then wiped his hands on his suit leaving damp wrinkled marks. He had black rings around his eyes, his eyes were bloodshot, he sniffled and he looked like he hadn't slept for years.

'Are you ...?' I did a little playful smiley thing.

'Yeah,' he said blandly. 'You're Lucy,' he held out his hand. 'Hi.'

I bounced over to him, long strides, pretending to be so excited by the moment. I reached out and shook his hand, gave him the biggest smile I could possibly muster, wanting to please him so much, wanting to prove to him that I was fine, that everything was absolutely fine. His handshake was limp. His skin was clammy. His hand quickly slid away from mine like a snake slithering out of my grasp.

'So,' I said, overenthusiastically, sitting down. 'We finally meet,' I said mysteriously, trying to catch his eye. 'How are you?' I could tell I sounded over the top. The room was too big, too empty, too bland, too depressing for my tone but I couldn't stop.

He looked at me. 'How do you think I am?'

He said it rudely. Very rudely, in fact. I was taken by surprise. I didn't know what to say. This wasn't how people spoke to each other. Where was the pretence that we liked each other, that we were both happy to be there, that we'd meet again? I looked around hoping that nobody was listening.

'There's no one here,' he said. 'No one works on Sundays. They have lives.'

I fought my instinct to snap back. 'But don't other people's lives work in this building too?'

'No.' He looked at me as though I were stupid. 'I just rent this space. I don't know what they do,' he referred to the empty desks.

Again, I was taken aback. This was not how it was supposed to go. He rubbed his face tiredly. ‘I didn’t mean to come across as rude.’

‘Well you did.’

‘Well I’m sorry.’ He said it without any amount of sincerity.

‘No you’re not.’

Silence.

‘Look ...’ He leaned forward and I really didn’t mean to, but I leaned back. He had bad breath. It was a bit of an awkward moment. He sighed, then continued, ‘Imagine you had a friend who was there for you all the time and you were there for them, but they stopped being there for you as much as they used to which you can understand a little because people have things to do, but then they’re around less and less no matter how much you try to reach out to them. Then suddenly one day – nothing – they’re gone. Just like that. Then you write to them, and you’re ignored and then you write to them again and you’re ignored and finally you write to them again for a third time and they barely even want to make the appointment, they’re so busy with their job, their friends and their car. How would you feel?’

‘Look, I assume you’re referring to me in that little hypothesis but it’s ridiculous.’ I laughed. ‘Clearly it’s not the same thing. I would never treat a friend that way.’

He gave a wry smile. ‘But you would do that to your life.’

I opened my mouth but nothing came out.

‘So let’s just get started,’ he said, pressing the power button on the computer.

Nothing happened. We sat in an awkward awful tense atmosphere while he became frustrated with the computer. He pressed the power button over and over again, tested the socket, unplugged it, plugged it in again.

‘Just check the—’

‘I don’t need your help, thank you. Please take your hands off the—’

‘Let me just—’

‘Get your hands off the—’

‘... twiddle the connection here—’

‘I’d appreciate it if you’d just—’

‘There.’

I sat back. The computer made a whirring noise.

He took a slow breath. ‘Thank you.’

He didn’t mean it. ‘Where did you get that computer – 1.980?’

‘Yeah, about the same time as you got that jacket,’ he said, eyes on the monitor.

‘That’s just childish.’ I pulled my jacket in tighter around me. I folded my arms, crossed my legs, looked away. This was a nightmare, this was worse than I ever could have imagined. My life was an absolute bastard with a chip on his shoulder.

‘What did you imagine this would be?’ he asked, finally breaking the silence.

‘I didn’t know what this would be,’ I said, still in a huff.

‘But you must have imagined something.’

I shrugged, then thought of one of the images I’d had of me and Life in a canoe somewhere picturesque, him rowing, me reading from a book of poetry in a pretty sun hat and a Cavali dress I’d seen in a magazine that I couldn’t afford – the magazine as well as the dress. I thought of me in a magazine doing my interview about Life with blowdried hair, a full face of make-up, contact lenses, a draped asymmetric dress, good lighting. Maybe even a vase of lemons and limes beside me. I sighed and finally looked at him again. ‘I thought it would be like a therapy session. You’d ask me about my job, my family, if I’m happy, that kind of thing.’

‘Have you ever been to a therapy session?’

‘No.’

He looked at me intensely.

I sighed. ‘Yes. Once. When I quit my job. It was around the time I dumped my boyfriend and bought a new apartment.’

He didn’t blink. ‘You were fired. Your boyfriend left you and you’re renting a studio flat.’

I gave him a weak smile. ‘Just testing you.’

‘It would help the whole process if you didn’t lie to me.’

‘They’re not lies if the end result is the same.’

He lit up a little, if that was possible for him. He undimmed anyway.

‘Tell me how that works.’

‘Okay, so if I was to say that I won the lottery then that would be a barefaced lie because I’d clearly have no money but I would have to live my life as if I was a millionaire which would be complicated to say the least, but if I say I quit my job it doesn’t matter because I no longer work there so I don’t have to keep up the pretence of going there every day. If I say I bought a new apartment, it’s not a lie because the fact is I don’t live in the old one any more and I’m living in a new one.’

‘And the last thing you said.’

‘What thing?’

‘About your boyfriend.’

‘It’s the same thing.’ To my surprise, I struggled saying it because I knew he wanted me to say it. ‘Saying that ... I dumped him is the same thing as saying ... you know ... the other way around ...’

‘That he left you.’

‘Well, yeah.’ ‘Because ...’

‘Because the outcome is still the same.’

‘Which is ...’

‘That we’re not together.’ And on that note, my eyes filled up. I hated my eyes, the deceiving bastards. Mortified is not the word. I can’t remember the last time I cried over Blake, I was so over him I couldn’t even begin to explain it but it was like when someone asks you if there’s something wrong over and over again, and usually after a while something is wrong – you’re angry and you want to physically hurt them. The same thing was happening now, because he was making me say all those words, making me say them out loud in a method of trying to fool me into admitting something he thought I hadn’t dealt with; it was as though it was working and I was feeling sad for that person that he thought I was. But I wasn’t that person. I was fine. Everything was fine.

I wiped my eyes roughly before any tears fell. ‘I’m not sad,’ I said angrily.

‘Okay.’

‘I’m not.’

‘Okay,’ he shrugged. ‘So tell me about your job.’

‘I love my job,’ I began. ‘It gives me an enormous sense of satisfaction. I love working with people, the communication with the public, the innovative business environment. I feel like I’m doing something worthwhile, helping people, connecting with people, that I can direct them onto the right path, make sure that they are guided. Of course the enormous plus—’

‘Sorry to interrupt you. Can we just clarify what it is that you do?’

‘Yes.’

He looked down and read, ‘You translate instruction manuals for your company?’

‘Yes.’

‘And this company makes fridges, cookers, ovens, that kind of thing.’

‘Yes, they are the largest appliance-manufacturing firm in Europe.’

‘Okay, carry on.’

‘Thank you. Where was I? Of course, the enormous plus side to my work is the people I work with. They are the kind of people who inspire and motivate me to reach further and higher not just in my field of employment but in my life.’

‘Okay.’ He rubbed his forehead. It was flaky. ‘These people that you work with are the people you refer to, in private, as Graham the Cock, Quentin aka Twitch, Louise the Nosy Bitch, Mary the Mouse, Steve the Sausage and Edna Fish Face.’

I kept a straight face. I was quite impressed by my imaginative nicknames. ‘Yes.’

He sighed. ‘Lucy, you’re lying again, aren’t you.’

‘Not really. They do make me want to be a better person – better than them. They do make me want to reach further and higher in my office so that I can get away from them. See? Not a lie. Same outcome.’

He sat back and studied me, ran his hand across his stubble and I could hear the scratching sound.

‘Okay you want to hear the absolute truth about that job or about any job?’ I offered. ‘Fine. Here it is. I’m not one of those people who lives and breathes their job, I don’t take it so seriously that I want to stay longer than I’m paid for or want to socialise with the people I spend most of my waking hours with and would never choose to say more than two words to in the real world. I’ve stayed in that job for two and a half years because I like that gym membership is included, even if the gym equipment is crap and the room stinks to high heaven of smelly jockstraps, it saves me money on going elsewhere. I like that I get to use the languages I spent years finessing. I don’t

have many friends who speak German, Italian, French, Dutch and Spanish with me.’ I tried to impress him with that.

‘You don’t speak Spanish.’

‘Yes, I know that, killjoy, but my employers don’t,’ I snapped.

‘What happens when they find out? Will you get fired – again – in a similar spectacular style?’

I ignored him and continued my spiel. ‘I don’t use the vomit word “passion” that I hear so many people use these days when they talk about their work, as if that alone will get you through the day. I do the job I’m paid to do. I’m not a workaholic.’

‘You don’t have the dedication.’

‘Are you advocating workaholicism?’

‘I’m just saying it takes a certain amount of consistency, you know, the ability to throw yourself wholly into something.’

‘What about alcoholics? Do you admire them too? How about I become one of them and you can be proud of my consistency?’

‘We’ve moved away from that analogy now,’ he said, irritated. ‘How about we just say straight out that you lack focus, consistency and dedication?’

That hurt. ‘Give me an example.’ I folded my arms. He tapped a few keys on the keyboard, read for a while.

‘Someone at work suffered a heart attack so you pretended to the paramedics that you were his next of kin so that you could go in the ambulance and leave work early.’

‘It was a suspected heart attack and I was worried about him.’ ‘You told the ambulance driver to let you off at the end of your block.’

‘The man had an anxiety attack, he was fine five minutes later.’

‘You’re half-assed, you waste time, you never finish anything that’s not a bottle of wine or a bar of chocolate. You change your mind all of the time. You can’t commit.’

Okay so that finally got to me. Partly because it was just rude but mostly because he was completely correct. ‘I was in a relationship for five years, how is that a problem with commitment?’

‘He left you three years ago.’

‘So I’m taking time to be with myself. Get to know myself and all that crap.’

‘Do you know yourself yet?’

‘Of course. I like myself so much I’m planning to spend the rest of my life with me.’

He smiled. ‘Or at least fifteen minutes more.’

I looked at the clock. ‘We have forty-five minutes left.’

‘You’ll leave early. You always do.’

I swallowed. ‘So?’

‘So nothing. I was just pointing it out. Would you like some examples?’ He tapped the keyboard before I had time to answer. ‘Christmas dinner in your parents’ house. You left before dessert. Didn’t even make main course the year before, a new record.’

‘I’d a party to go to.’

‘Which you left early.’

My mouth fell open. ‘Nobody even noticed.’

‘Well, that’s where you’re wrong. Again. It was noted.’

‘Noted by who?’

‘By whom,’ he corrected and pressed the down button over and over. I wanted to move to the edge of my seat but I didn’t want to give him the satisfaction. I sat quietly looking around the office, pretending I didn’t care. And because I was pretending I didn’t care, I realised that meant I did.

Finally he stopped tapping.

My head whipped around to face him. He smiled. Then he pressed the down button again.

‘This is ridiculous.’

‘I’m sorry, am I boring you?’

‘Actually, yes.’

‘Well, now you know how I feel.’ He stopped tapping. ‘Melanie.’

My best friend. ‘What about her?’

‘She was the girl who was peeved about your leaving early.’

‘Nobody says “peeved”.’

‘Quote, “I wish for once she could just stay until the end.” Unquote.’ I was a bit annoyed about that, I’m sure I could think of plenty of times I had stayed till the end.

‘Her twenty-first,’ he said.

‘What about it?’

‘The last time you stayed until the end of one of her parties. In fact, they couldn’t get rid of you, could they? You slept overnight.’

Tap, tap, tap.

‘With her cousin.’

Tap.

‘Bobby.’ I groaned. ‘She didn’t care about that.’

Tap tap tap.

‘Quote, “How could she do this to me on my birthday? My grandparents are here, everybody knows. I’m mortified.” Unquote.’

‘She didn’t tell me that.’

He just shrugged. ‘Why is this a big deal?’

‘Why are we talking about this?’

‘Because they are.’

Tap tap tap.

“‘I’m sorry she left, Mum, want me to go talk to her?’” That’s Riley, your brother.’

‘Yeah, I get it.’

“‘No, sweetheart, I’m sure she’s got somewhere more important to be.” Unquote. You left your family lunch yesterday thirty-two minutes ahead of time in a rather dramatic fashion.’

‘Yesterday was different.’

‘Why was it different?’

‘Because they betrayed me.’

‘How did they do that?’

‘By signing off on my life audit.’

He smiled, ‘Now that’s a good analogy. But if they hadn’t, you wouldn’t be here, with me.’

‘Yes, and look how swell it’s all going.’

Silence.

‘So let’s cut to the chase. This meeting is about me leaving dinners and parties early.’ That wasn’t so bad, I could deal with that, I would just explain why I left each event, where I was going afterwards. This whole thing could be over sooner than I thought.

He started laughing. ‘Hell, no. I just got sidetracked.’ He looked at his watch. ‘We don’t have much time to cover anything. Shall we arrange to meet again?’

‘We’ve got thirty minutes left.’

‘No more than five going by your usual exit strategy.’

‘Get on with it,’ I said.

‘Okay.’ He leaned forward. ‘So what are you doing?’

‘What do you mean, what am I doing? I’m sitting here, wasting my time talking to you, is what I’m doing.’

For the next part he didn’t need notes, he just stared straight into me.

‘You get up at seven a.m. every morning except Saturdays and Sundays when you arise at one p.m.’

‘So?’

‘You have a nutrition bar from your corner cupboard, a cappuccino from Starbucks at the end of your block, you buy the newspaper, sometimes you drive, sometimes you take the train to work, you do the crossword. You arrive at work between nine and nine thirty, you don’t get started on anything until ten. You take a cigarette and coffee break at eleven, even though you don’t smoke but think it’s unfair that smokers receive extra breaks. You take an hour lunch break at one p.m. You sit alone, you do the crossword. You are always late back to your desk. It takes you until two thirty to begin work again but for the afternoon you are diligent and complete your work. You finish at six p.m.’

‘Why are you telling me things that I already know?’ I spoke like I didn’t care but in truth it was disturbing to listen to. It was disturbing to know that all the little things I did in secret were being noted by somebody, and being logged in a computer for some stressed-out office nerd to read like I was some sort of solitaire game.

‘You go to the gym every day after work. You’re supposed to jog for twenty minutes but always stop at seventeen, you work out for thirty minutes more. You sometimes meet friends for dinner, you would always rather be at home, you always leave early. You go to bed, you do the crossword. You get up at seven a.m.’

He left a silence. ‘You see a theme emerging?’

‘I’m prone to solving crosswords? So what? What’s your point?’

He sat back then, studied me again with his tired unblinking eyes.

‘No. What’s yours?’

I swallowed a large dry lump that had formed in my throat. ‘Well, that’s very profound.’

‘Not really. It’s just a question. Okay, why don’t I speak in a way that you understand. Here’s what’s going to happen. You’re going to leave here in thirty minutes, exactly on time at the end of our meeting, then you’re going to try to forget everything we’ve talked about. You will succeed. I will be reduced to an annoying frustrating little man who made you waste a few hours of your Sunday and you’ll go back to living your life exactly the way you were.’

He stopped. I waited for more, but there wasn’t anything. I was confused. He couldn’t possibly believe that. Then I got it. ‘That’s a lie.’

‘It’s not a lie if the outcome is exactly the same.’

I didn’t want to ask but I had to. ‘And what’s the outcome?’

‘You’ll be as alone and as bored and as unhappy as you were before you met me, but this time it will be worse because this time you’ll know it. You’ll know it every second of every day.’

And on that note, I grabbed my bag and left. With exactly thirty minutes to go, just like he’d said.



CHAPTER SIX

Silchesters don't cry. It was what my father had told me when I was five years old and I'd fallen off my bike after taking the stabilisers off for the first time. He had been beside me, guiding me along the driveway of our home, though he was further away than I'd have liked but I didn't want to tell him that because I knew he would be disappointed. Even at five I knew that. I didn't hurt myself, I was more in shock over the feel of the hard tarmac as my knee slammed down on it and as the bicycle got crushed between my legs. I'd held out my arms to him for help but in the end I got to my feet by myself under his instructions. I still remember his voice. Move the bike away from your leg.

'Now stand up. Don't make that noise, Lucy, stand up'. I'd stood up, hunched as though my leg needed amputation, until I was told to stand up straight. I'd wanted a hug but I didn't say so, knew that asking for and wanting one would be wrong in his eyes, but knowing in my heart that it wasn't. It was just the way he was and that's what I always understood. Even at five years old. Apart from the time Blake left me and when Life reminded me about it, I rarely cried and rarely felt the need to.

In the end it had all ended so quickly. We were together for five years, we had a sociable, fun, busy life together. We had talked about marriage and all of those things and while we weren't remotely ready to do any of them yet, the understanding was that we would eventually. To each other. When we grew up. But in the process of growing up, I lost him. Somewhere along the way. Not over one day, it happened gradually, he disappeared a little more and more every day. Not his presence, we were always together but I felt like he was going somewhere, even when we were in the same room. Then he sat me down and we had the chat. And that was it. Well, the chat came after an important conversation.

He'd just signed the deal to do his new travel show at that time so he'd started travelling on his own, I suppose it was kind of practice, or that's what I thought it had been at the time but maybe it was something more. Maybe he was searching for something he just couldn't find in our converted bread-factory apartment. Sometimes now I think he was seeing somebody else but I have absolutely no reason other than paranoia to back that up. He had been on a trip to Finland

and when he returned you'd swear he'd just walked on the moon or had a religious experience. He wouldn't stop talking about the calm, the quiet, the peace, how much he was at one with whatever the hell else could survive in minus forty degrees. He kept telling me how I had no idea, I couldn't possibly understand what he was talking about. I told him I could understand. I understood the calmness, the clarity, the contentment in life when you have that perfect moment. Yes I did, I understood. I didn't use the same words when he was describing it, my eyes didn't light up to a pure icy blue as if I was seeing the gates of heaven, but yes I understood those feelings.

'Lucy, you don't understand, believe me you do not understand.'

'What do you mean, "you" do not understand? What's so different about me to other people that I couldn't possibly understand what it's like to have a moment of fucking contentment? You don't have to go to Kathmandu to find inner peace, you know, some of us have it right here in the city. In a bubble bath. With a book. And a glass of wine.'

And then followed the chat. Not immediately after, it may have been a few days, it may have been a few weeks. But whatever it was, it was afterwards. It had given me enough time to digest that he felt I was a different type of person from him, one who didn't understand the depths of him. I had never felt that before. I had always known we were different, but I didn't know that he knew that. It sounds like a small detail but actually when really thought about, it became everything. When I travelled, I travelled to see new places; when he travelled, he travelled to find new parts of himself. I guess when you're trying to find all the parts of yourself, it's difficult to be with someone who's already fully intact.

Then here's where we did a stupid thing, and he walked me into a scenario that I wish I could change every day of my life. Obviously, I was upset. I was very upset, I was so upset I turned to religion – the Silchester religion of worrying about what People would think. He told me that if it made me feel any better we could tell people that I left him. Now, in my current reasonable-ish state I don't know why I would have agreed to that. But I did. It helped me after the break-up, it gave me a strength that I needed while having those conversations with friends and family so I could say, 'It just wasn't working, I had to leave him.' Because when I said that, there were fewer questions. If I'd told them he left me, there would be endless amounts of pity, of trying to figure it all out on my behalf, what I did wrong, how was it my fault, then them being afraid to talk about it when they met him or saw him with a new girlfriend. My dumping him was to make everything easier. Only it wasn't easier because he had left me and I had to listen to every little thing about him and pretend it didn't hurt, and then see him on his TV show and pretend it didn't

hurt and whenever I got angry at him I had to listen to how I had no reason to be angry and how hurt he might be, the poor thing, and I was trapped in this big fat lie.

Because I ended up carrying around this big secret that nobody knew about, this big ball of hurt that had turned to anger, which often turned to pity, then loneliness because I never had those necessary conversations to help me get over it properly, I felt alone in my secret reality. So in the initial stages I carried that hurt and anger and pity around with me and due to circumstances I may reveal at a later date, got fired from my respectable job that paid well, but to be able to tell people why I got fired I'd have to tell them why I got fired and I couldn't do that because after so much time it would just frankly be weird to admit a lie of that magnitude, so I told everyone I quit and then the rest of my life fell into its own new place following a bunch of big fat lies. And they were big fat lies no matter how much the outcome was still the same.

That is all that I will admit to because, as it turned out, I felt happy with how my life had settled. If Life had tried to meet with me two years ago, I would have understood, because I felt like I was falling but not now, not any more. I'd fallen from a great height and was wedged into what some may assume was a rather precarious place that could easily snap and break and send me falling again, but I was very happy, cosy even, and everything was fine, absolutely fine.

When I reached the lobby of the depressing Lego building, American Pie was gone. I left the chocolate bar I'd brought for her on the counter, the one she said she liked when we spoke on the phone, and exited the building and tried to forget about the frustrating little man who wasted a few hours of my Sunday. But I couldn't. That frustrating little man represented my life and for once I just couldn't forget it. Right in that moment I had no distractions to take my mind off it – no car to fix, no email to send, no paperwork to fax, no family member to call, no friend's problem to delve into – and I was experiencing a mild feeling of anxiety. My life had just told me that I was going to be alone and miserable. I don't know what you're supposed to do with that information, I really don't. He didn't tell me how I could not be alone and miserable and all I wanted to do was fight the reality, like patients who have received news of an illness and feel in denial about it, because you might be diagnosed but you still don't feel the symptoms. I saw a café at the next corner and found the solution. I like coffee, it makes me happy in the small way that things you like can lift you, so I figured a café would mean I was in company, and the coffee would mean I was with something that made me happy. No more alone and miserable. Inside was full, with the exception of one small table. I squeezed by the tables, chatter loud in the air. I was happy about that, other voices would take my mind off my own. I ordered a coffee and sat back, satisfied that I could eavesdrop on other people's conversations. I needed to stop thinking about it. My life was fine, absolutely fine. I was a single woman with a job who was happy, I needed a distraction. Any kind of distraction. The café door opened, the bell rang and half the

café automatically looked up. Then the straight males went back to their conversations and the remainder continued gawking because in walked the most beautiful man I had ever seen in the flesh. He scanned the café and then headed in my direction.

‘Hi,’ gorgeous man smiled, resting his hands on the chair opposite me. ‘Are you alone?’

‘Excuse me?’

‘Is anybody sitting here? The café’s full, do you mind if I join you?’

There was actually a free seat behind me but I wasn’t going to point that out. The man had a beautiful face, perfectly proportioned nose and lips and eyes and a jawline you could grate cheese on. I thought about my family signing off on Life’s intervention, I just couldn’t figure it out; why on earth Life had come to me, there were plenty of people who were unhappy after relationships ended, surely this wasn’t an emergency case. I had moved on, I was living my life. I wasn’t afraid to meet new people. I wasn’t stuck in the past. What did they think was wrong with me?

‘No problem,’ I said, then drained my cup as he sat down. ‘In fact, you can have the table to yourself, I’m just leaving to see my boyfriend.’

He looked disappointed but nodded his thanks.

Okay, I lied. But in only a few hours from then, the outcome would be the same.



CHAPTER SEVEN

‘We were up at four thirty this morning,’ he panted, beads of sweat trickling down the sides of his face and getting lost in his suntanned stubble-lined jaw. ‘The trail from the hostel to Machu Picchu has taken about one and a half hours. We were told to wake up that early so that we could leave Wiñay Wayna by five thirty to get to Machu Picchu before sunrise.’ He was wearing a navy blue T-shirt, the sleeves were tight around his biceps, sweat marks were on his chest, on his back, under his arms. He wore beige combat shorts and walking boots, his legs were tanned and muscular like the rest of his body. There was a long shot of him walking the trail and I paused the TV.

Mr Pan jumped onto the couch beside me. ‘Hi, Mary.’

He purred.

‘He’s doing the Inca Trail today. We were supposed to do that one together. Let’s see who else he’s doing it with now ...’ I studied the girls in the long shot. She wasn’t there. I pressed play again.

‘As you can see the trail contours around this mountainside and drops into cloud forest before coming to an almost vertical flight of fifty steps leading up to the final pass at Intipunku, which means Sun Gate.’ Lots of shots of him panting, shots of scenery, close-ups on him, his walking shoes, his rucksack, the back of his head and the view before him, the reflection in his sunglasses. All of them were new, nothing I’d bought him. ‘And here we are,’ he smiled at the camera, big white perfect teeth. He looked off into the distance, took off his glasses to reveal his beautiful eyes and his face changed. ‘Wow.’

I paused it on his face. Studied him and smiled. Knew that it was for real, that it hadn’t been filmed twenty times already for his best look, knew that he was in heaven right there, right then and in a funny way I felt like I was experiencing it with him. Just like we used to do together, years ago. The camera panned and then I could see what he could see, the whole of Machu Picchu spread out before us.

‘There it is, Machu Picchu in all its glory. A fantastic sight. Beautiful,’ he said, taking it all in. There was a wider shot of him assessing the view. I paused the TV again and studied the girls

around him. She wasn't there. I pressed play again. It cut to later, he had wiped the sweat from his face, had changed his T-shirt to a fresher version of the same one, was sitting down and looked rested, had caught his breath for the final wrap-up scene. He gave his little summary of his journey and then, 'Remember that happiness is a way of travel, it's not a destination.' Then he smiled, those teeth, those eyes, that hair, those arms and hands – I remember them all around me, sleeping beside me, showering with me, cooking for me, touching me, kissing me. Dumping me. 'Wish you were here,' he said with a wink, and he was gone and the credits took the place of his face.

'Me too,' I whispered. I swallowed a hard dry lump of nothing that had stuck in my throat. Had that awful sick feeling in my stomach, and the pain in my heart that came when the credits finished and it hit me that he was gone. I waited for the initial pain to go and then I paused the credits and searched. Her name was still there. I used my laptop to go on Facebook and check her status. Single.

I was psychotic and I knew it but I also knew that most of the time my paranoia was correct, and that most of the time it wasn't paranoia, it was gut instinct and most of the time that was correct. But it had been almost three years and they hadn't, by the looks of it, gotten together. I didn't even know how present she'd be in his life as a production assistant; I didn't know how TV shows worked, but when he'd first signed the deal to do the show we went to meet with the team. I'd met her and I got a feeling about her. That was all, one of those girlfriend feelings that you get about other girls. Then when we broke up I got a huge feeling about her, and those feelings had manifested into something so massive it was bordering on obsessive. But I couldn't help it. Her name was Jenna. Jenna was a bitch. And every time I heard the name Jenna I thought of her and immediately hated the poor unrelated person named Jenna. She was from Australia and I hated everyone from Australia. It was a very weird thing that had taken over me, I didn't even know her and I'd previously liked Australia, but I'd created this persona around her, this dislike for her and her country and anything, however minuscule, that I knew about her.

Just to taunt myself I imagined them having sex on the top of the mountain as soon as the camera was turned off and I wondered who he'd camped out with all those nights in that tiny little tent, in those close overcrowded little hostels. All of the environments he was in were too close for him to share with another woman, especially Jenna, especially the character that had grown in my mind. She would crawl into his tent in the dead of night and reveal her naked self to him, he would try to fight his urges but he wouldn't be able to because he was a man and he was all pumped up from the walk up the mountain, and being in touch with nature made him even hornier. Every time I watched an episode, I pictured them together. I didn't

even know what a production assistant did but I Googled it to find out. I didn't know if she was a set PA or an office PA; a big difference because it either meant she was with him all the time or their paths rarely crossed. Occasionally I looked through the other names on the credits to make sure someone else hadn't slipped in that could also be sleeping with him on location, but I had investigated them through the power of Google and surmised that Jenna, the bitch from Australia, was the only woman he would go for.

My mobile rang, and took me out of my latest daydream. It was Riley again. Since lunch the previous day I had had nine missed calls from Riley and two from Mum. Silchesters didn't ignore people, make a drama or cause a fuss, so I had texted them both that I was unavailable to speak and that I'd call them back as soon as I could. It wasn't a lie. I just didn't know how to be with them. I couldn't be angry with them because as concerned family members they were only trying to help, but I couldn't entertain mindless chit-chat because I was genuinely hurt, flabbergasted even, that they felt I was in such dire need of help that they couldn't come directly to me to tell me. I had always done my best not to reveal anything about myself to my family, even to Riley. Despite him being my accomplice during family gatherings, he was not my best friend; he was my brother and there were things that brothers didn't need or want to know.

I ignored the call and as soon as it stopped I immediately sent a polite text about how I was currently out with friends. He texted back straight away.

–Then u left ur tv on cos I'm outside ur door.

I leaped up, Mr Pan did too but he didn't follow me. His courage always gave out when we got to the bathroom door. He nipped in there to defend me from behind the wash basket.

'Riley?' I called through the door.

'Yes.'

I sighed. 'You can't come in.'

'Okay. Can you come out?' I unlocked the door, barely opened it so he couldn't see inside and slid out to him. He tried to look in. I closed the door.

'Have you got company?'

'Yes. A hot naked man with a large erection is lying on my bed waiting for me, if you want to come in.'

‘Lucy.’ He had a pained expression.

‘I’m only joking.’

‘So there’s no one there?’

‘No, there is.’ It wasn’t a lie. Mr Pan was waiting for me.

‘Sorry. Is it ... you know?’

‘Life? No. I met him in his office earlier today.’

‘Him?’

‘Yeah.’

‘Weird.’

‘Yeah.’

‘How did it go?’

‘Yeah, good. He was nice, just wanted to check in and have a chat, that kind of thing, I probably won’t have to meet him again.’

‘Really?’

‘Don’t sound so surprised,’ I snapped.

‘Okay.’ He shifted his weight to his other foot. ‘So everything’s okay?’

‘Yeah, he was a bit confused as to why he had to meet me at all really.’

‘Really?’

‘Yeah, it’s just like one of those random breath tests only it’s a random life test. They picked me completely at random, unfortunately for me.’

‘Oh. Okay ...’ I let the silence hang.

‘Well, I’m here because I found these.’ He took a pair of shoes out from behind his back. ‘I’m checking around the kingdom to see who they fit.’

I smiled.

‘May I?’ He got down on bended knee, lifted my foot, saw I had odd socks on and visibly tried hard not to comment. He removed my sock and slid my foot into the shoe. He looked at me in mock surprise.

‘Now do we live incestuously ever after?’ I asked.

He frowned, then leaned against the door frame and stared at me.

‘What?’

‘Nothing.’

‘What, Riley? You didn’t just come here to give me my shoes.’

‘Nothing,’ he repeated. ‘Just ...’ He looked like he was going to say something serious. ‘It’s just that I met someone who used to work with you a few years ago in Quinn and Downing and he just said a few things to me ...’ He studied me. I tried to look confused, not fearful as I felt, and he changed tack. ‘Anyway, he was probably wrong.’ He cleared his throat. ‘

Who was it?’ I asked coolly.

‘Gavin Lisadel.’ He studied me intensely some more. I rolled my eyes. ‘The biggest drama queen I’ve ever worked for.’ In truth a perfectly reputable guy. ‘I’ve heard he’s coming out with all kinds of weird stories about me. Don’t worry, whatever it is, it’s a lie. I heard he’s been cheating on his wife with a man for years, so you know ...’ He was a happily married family man as far as I knew. I had just destroyed Gavin’s perfect image in less than one minute but I didn’t care, he had destroyed mine too, not that it had ever been perfect and even if he had, he probably wasn’t lying. Then I felt bad about what I’d said so I added quickly, ‘But everyone really likes him and he’s really good at his job.’

Riley nodded, still not convinced but he changed the mood. ‘I still can’t believe you said Father wasn’t the breastfed kind.’ He started laughing, then threw his head back and laughed even louder.

Eventually I joined in. ‘Well? Do you think she’d have bothered? Old wrinkly tits?’

He shook his head, disgusted by the thought.

The door opposite me opened and a friendly apologetic face popped out.

‘Hi, Lucy, I’m really sorry, do you mind keeping it down a little? I’ve just —oh hi,’ she said, noticing Riley.

‘Sorry,’ Riley apologised. ‘I’m just leaving.’

‘No, it’s rude of me to ask, it’s just that I’ve got ...’ She pointed her thumb back into the apartment but didn’t say anything. ‘You look so alike. Are you Lucy’s brother?’ she asked, studying him.

'I am. Riley.' He reached out his hand and they shook, which was weird because I couldn't even remember my neighbour's name; I'd forgotten it the moment we met and it seemed rude as the time went by to ask so I just never addressed her, there was a lot of *hey* and *hi* and *hello* you and I had a strong suspicion it was Ruth but I'd never had the full confidence to go for it.

'I'm Claire.'

And it was just as well.

'Hi, Claire.'

Riley was giving her one of his best cute but sweet but strong and masculine, you-can-trust-me, flirtatious looks, which freaked me out but Claire wasn't completely delusional, she untangled herself from his web of silent promises, and quickly said her goodbyes.

'Must be losing your touch, Riley.'

He looked at me, serious again.

'Don't worry, it happens to us all.'

'No, not that ...'

'What, Riley?'

'Nothing.' He aborted the thought, and made his way to the elevator.

'Thanks for the shoes,' I said more gently.

He didn't turn around, just lifted his arm up in a salute and disappeared into the elevator. Just before I closed my door I heard my neighbour – whose name I'd already forgotten – open her door and quickly say, 'If you ever want to come in for a coffee or anything, just come straight over. No notice needed, I'm always here.'

'Oh. Okay.' It felt awkward. It had been at least a year since I'd met her and apart from the chat in the elevator it was the longest sentence either of us had ever said to one another. She used to never speak when I saw her. Probably spending all that time cooped up inside had made her desperate to talk to anyone, including me.

'Thanks. Eh ... likewise.' Then I couldn't think of anything to say so I closed the door. Only I never wanted her to call over for a coffee and I never wanted Riley to come into the apartment. He'd never been in before, none of my family had. None of my friends had either. It was my space. But it was becoming an eyesore even to me. The carpet had to be cleaned. I would clean it myself without telling the landlord because I didn't want him checking it and seeing

the burns and then charging me for the damage. I searched for where I'd written the company name on the carpet and grabbed the phone and quickly dialled directory enquiries before I changed my mind. I knew something monumental was happening. I was doing something that needed to be done and I felt the burden of it every step of the way. As they connected me and the phone rang, I began to think of hanging up. It wasn't just the phone call; it was having to follow through that bothered me. I'd have to stay in from work one day, I'd have to wait for some stranger to arrive hours after he'd promised and then I'd have to show him all the personal private stains that I wanted removed. How humiliating. It rang and rang, and then it sounded like it was about to be answered or go to an answer phone when it went through another bout of ringing. I was about to hang up and abort the situation when a man answered.

'Hello?'

It was noisy. Pub noisy. I had to move the phone away from my ear.

'Sorry, just be a minute,' the voice shouted and I wanted to shout back that it was okay, that I'd got the wrong number, partly because I'd changed my mind – I didn't want the hassle of a stranger in my home – and partly because I was beginning to think I had genuinely been connected to the wrong number. I searched for the business card I'd been given by American Pie to see if it matched the number on my screen. But the phone wasn't by his ear to hear me explain, it was being rubbed against his body or dozens of other bodies as he made his way to somewhere quieter.

'Just a minute,' he shouted again.

'Actually it's okay,' I yelled despite being in a silent room. But he was gone again.

Finally there was silence, I could hear footsteps, then laughter in the distance, then, 'Hello? Are you still there?'

I fell back on the couch. 'Yes, hi.'

'Sorry about that, who's this?'

'Em, actually this is going to annoy you seeing all you had to do to get outside but I think I've got the wrong number.'

'After all that,' he laughed.

'Yep, sorry.' I climbed over the back of the couch and was in the kitchen. I looked in the fridge. Nothing to eat as usual.

He went quiet, then I heard a match and he inhaled. 'Sorry, bad habit.'

My sister said if I took up smoking I'd meet someone.'

'I pretend I'm a smoker at work to get more breaks.' I was surprised I'd said it out loud.

'What if they find you not smoking?'

'If someone's there, then I smoke.'

He laughed. 'That's a long way to go for a break.'

'I'll do anything for a break.'

'Like talk to wrong numbers?'

'Something like that.'

'Want to tell me your name or does that break the wrong-number code of ethics?'

'I've no problem at all telling a complete stranger my name. It's Gertrude.'

'That's a lovely name, Gertrude.' I could hear the smile in his voice.

'Why, thank you.' 'I'm Giuseppe.'

'Nice to meet you, Giuseppe. How's Pinocchio doing?'

'Ah, you know, telling fibs and bragging about being unattached.'

'He's always at it.' Then I realised that despite it being more comfortable than a phone conversation with my own father, this was weird.

'Well, I'd better let you get back to the pub.'

'Actually I'm at an Aslan gig.'

'I love Aslan.'

'We're in Vicar Street, you should come.'

'Who's "we"?''

'Me and Tom.'

'Well, I would go but Tom and I had a falling-out and it would just be awkward if I showed up.'

'Even if he apologised?'

'Believe me, he'll never apologise.'

‘Tom’s always putting his foot in his mouth, just ignore him. I have a spare ticket, I can leave it for you at the ticket desk.’

His familiarity intrigued me. ‘I could be a toothless married woman with ten kids and an eye patch.’ ‘

Christ, are you a woman?’

I laughed.

‘So are you coming?’

‘Do you always ask wrong numbers out?’

‘Sometimes.’

‘Do they ever say yes?’

‘Once, and I got a toothless married woman with ten kids and an eye patch.’

‘Have they sung “Down on Me”?’

‘They haven’t started yet. Is that your favourite?’

‘Yep.’ I opened the freezer. Chicken curry or cottage pie. The chicken curry was a week out of date; the cottage pie would be out of date tomorrow. I reached for the chicken curry and stabbed the film with a fork.

‘Have you ever heard them live?’

‘No, but it’s on my list of things to do.’

‘What else is on your list?’

‘Eat dinner.’

‘You aim high, I like it. Want to tell me your real name now?’

‘Nope. Want to tell me yours?’

‘Don.’

‘Don what?’

‘Lockwood.’

My heart did a funny thing. I froze. Mr Pan noticed my mood change and jumped up and looked around for what he needed to defend me against, or hide from.

‘Hello?’ he said. ‘Are you still there?’

‘Did you say Don Lockwood?’ I asked slowly.

‘Yes, why?’ I gasped. ‘Are you joking?’

‘Nope. Born and bred. Actually that’s a lie, they called me Jacinta, then they found out I was a boy. It’s much easier to tell the difference now, I assure you. Why, is this not a wrong number after all?’

I was pacing the kitchen, no longer interested in my chicken curry. I didn’t believe in signs because I couldn’t sign read but it was just an unbelievably exciting coincidence. ‘Don Lockwood ... wait for it ... is the name of Gene Kelly’s character in Singin’ in the Rain.’

‘I see.’

‘Yes.’

‘And you are a fan of either Gene Kelly and/or of this movie so this is very exciting news to you.’

‘Only the biggest.’ I laughed. ‘Don’t tell me no one’s ever said that to you before.’

‘I can safely say, no one under the age of eighty-five has ever said it to me before.’

‘Not even any of your wrong numbers?’

‘Not even them.’

‘How old are you?’ I asked, suddenly afraid I was having a conversation with a fifteen-year-old and that the police were on their way. ‘I’m thirty-five and three-quarters.’

‘I can’t believe in all of your thirty-five and three-quarters years no one has ever said that to you before.’

‘Because most of the people I meet aren’t one hundred years old like you.’

‘I’m not going to be one hundred for at least two weeks.’

‘Ah. I see. Thirty? Forty? Fifty?’

‘Thirty.’ ‘It’s all downhill from there, believe me.’

And he went silent, and I went silent and then it wasn’t natural any more and we were just two strangers on a wrong number who both wanted to hang up.

I got in there first. ‘It was nice talking to you, Don. Thanks for the offer of the ticket.’

'Bye, toothless married woman,' he said and we both laughed. I hung up and caught a glimpse of myself in the bathroom mirror and I looked like my mother, just a face full of a smile. It faded fast at the realisation that I'd just spoken to an absolute stranger on the phone. Maybe they were right, maybe I was losing it. I went to bed early and at twelve thirty my phone rang, waking me in fright. I looked at the number flashing and didn't recognise it, so I ignored it and waited for it to stop so I could go back to sleep. A few seconds later the phone rang again. I answered it, hoping it wasn't bad news. All I could hear was noise, screams and shouts. I moved it away from my ear, then heard the music, then heard the singing, then recognised the song. He was calling me, Don Lockwood was calling me, so I could hear my favourite song.

'If you think your life's a waste of time, if you think your time's a waste of life, come over to this land, take a look around. Is this a tragic situation, or a massive demonstration, where do we hide?'

I lay back on the bed and listened to the song, then when it was finished, I stayed on the line to speak to him. As soon as the next song started, he hung up.

I smiled. Then texted him.

-Thanks.

He texted back straight away.

-One less thing on your list. Nite.

I stared at those words for a long time then added his number into my phone. Don Lockwood. Just seeing it there made me smile.

II. Traducción



CAPITULO 5

Domingo. No había dejado de pensar en todo el fin de semana. Se había cernido sobre mí a lo largo del fin de semana, como aquel el gorila gigante en todo lo alto de la cima de aquel rascacielos y que al final te acaba atrapando me había atrapado entre sus malvadas garras. Había pasado la tenido una noche entera imaginando escenarios posibles de mi cita con la VIDA. Analicé de los diferentes escenarios posibles de encuentro con mi vida. Algunos estaban habían ido bien, otros no tanto, incluso había uno totalmente en forma de musical con baile y música. Había tenido todas las conversaciones imaginables con la vida vida(de esa manera extraña en la que los sueños dejan de tener sentido cuando te despiertas) y ahora que estaba despierta, estaba agotada. Cerré mis párpados otra vez, apretándolos fuerte y me obligué a tener un sueño erótico con el tío bueno del tren. No sucedió. La vida no dejaba de interrumpirnos como lo haría un padre protector al pillar a su problemática hija rebelde adolescente. No lograba conciliar el sueño; me había desvelado, mi cabeza se había despertado y no dejaba de hacer planes: frases ocurrentes, respuestas rápidas, réplicas agudas, puntos de vista ingeniosos y maneras de cancelar la cita sin ser ofensiva; pero lo que hacía sobre todo era planificar mi vestimenta. Con todo eso en la cabeza, abrí los ojos y me senté en la cama. El Señor Pan se movió en la suya y me miró.

—Buenos días, Hilary —le dije, y me respondió con un ronroneo.

¿Qué quería contarle a la vida sobre mí de mí a mi vida? Que yo era una mujer inteligente, ingeniosa, llena de encanto, atractiva, despierta y con gran sentido del estilo. Quería hacerle saber que todo iba bien, que estaba bajo control. Contemplé mis vestidos en la barra de la cortina. Los había colgado allí para tapar la luz del sol. Observé mis zapatos, más abajo, en el alféizar de la ventana. Después, miré por la ventana para ver qué tiempo hacía, y volví a mirar los zapatos primero y los vestidos después. Tendría que estar en el armario pero no me apetece. No me lo estaba creyendo. Habría tenido que hacerlo con el armario. Me incorporé un poco para abrir y entreabrí la puerta del armario, que dio un golpe contra el borde de la cama porque no se abrió del

todo antes de abrirse del todo dio un golpe contra el borde de la cama. No me importó. Era suficiente para ver lo que quería. La bombilla de dentro llevaba más o menos un año fundida, pero me hice con busqué la linterna que tenía al lado de la cama y la dirigí al interior. Me decidí por un pantalón de vestir de corte ceñido, chaqueta tipo esmoquin (con hombreras, como toque retro de los años ochenta), chaleco negro y tacones de ocho centímetros y medio. El conjunto me hacía pensar en Jennifer Aniston y su reciente portada en *Grazia*, pero esperaba que a la vida le sugiriera una persona serena, relajada, y a la vez capaz de tomarse las cosas en serio, tan en serio como para ponerse traje de chaqueta. También podía sugerirle que había muerto alguien y yo me había vestido para su funeral, pero esperaba que la vida no estuviera pensando en la muerte. Dejé al Señor Pan sentado sobre una sandalia peep-toe de doble plataforma, mirando a Gene Kelly vestido de marinero en *Un día en Nueva York*, con vagas promesas de sacarlo fuera dentro de unos días. Desde el ascensor, escuché la puerta de mi vecina. Presioné el botón para cerrar, pero no tenía escapatoria. Una zapatilla de deporte se interpuso entre las dos puertas que se cerraban y apareció ella.

—Casi te me escapas —dijo sonriendo. Se abrieron las puertas y vi el cochecito. Manióbró para meterlo en el reducido espacio y casi tuve que salir para que entrara la bolsa con las cosas del bebé que mi vecina llevaba colgada del hombro.

—Te prometo que cada día tardo más en prepararme para salir te juro que cada día tardo más en salir de casa —dijo, secándose la frente reluciente.

Le sonreí, sin saber muy bien si me lo estaba diciendo a mí -(nunca hablamos-), y me puse a mirar por encima de su cabeza los números que se iluminaban mientras bajábamos.

—¿Te molestó mucho anoche? Miré al cochecito.

—No.

Pareció asombrada.

—No he dormido nada. Pasé media noche levantada, con el niño llorando como para echar abajo las paredes. Estaba segura de que el edificio entero vendría a quejarse. Le están saliendo los dientes al pobre. Tiene las mejillas encendidas.

Volví a mirar y no dije nada. Mi vecina bostezó.

—Al menos hace buen tiempo este verano. No hay nada peor que tener que quedarse encerrada en casa con un bebé.

—Sí —respondí, cuando finalmente se abrieron las puertas—. Que pases un buen día.

Y salí a toda prisa delante de ella, antes de que intentara reanudar la conversación en la calle.

Habría podido ir andando a las oficinas donde tenía la cita con la vida, pero cogí un taxi, porque el tío guapo no estaría en el tren a esas horas y, después de la excursión a la montaña del día

anterior, no podía confiar en Sebastian, mi coche, para que me llevara a ningún sitio. Además, no estaba muy segura de la dirección y no se me ocurría nada peor que encontrarme con la vida con ampollas en los pies y las axilas sudadas. El edificio se distinguía a dos kilómetros de distancia: una construcción horrenda, una estrecha y claustrofóbica torre marrón sobre unos pilares, con ventanas de acero, un tributo a la arquitectura de los años sesenta, cuando construir al estilo de Lego estaba de moda era considerado aceptable. Como era domingo, el edificio estaba desierto y el aparcamiento debajo de la torre estaba vacío, con excepción de un coche solitario con un neumático pinchado, el único que no había podido irse de allí. La cabina del guardia estaba desocupada y la barrera levantada. A nadie le habría importado que izaran la torre por el aire y se la llevaran a otro planeta; así de horrenda y desoladora era. Una vez dentro, el edificio olía a humedad y a ambientador con aroma de vainilla. El pequeño vestíbulo estaba dominado por un mostrador de recepción tan alto que apenas se distinguía detrás la culminación de un peinado cardado y sostenido con laca. Mientras me acercaba, descubrí que lo que yo pensaba que era un ambientador, en realidad era perfume lo que había tomado por ambientador era en realidad perfume. La mujer se estaba pintando las uñas de color rojo pasión, con tantas capas de barniz que el efecto era casi gelatinoso. Estaba viendo un episodio de *Colombo* en un pequeño televisor que tenía sobre el mostrador.

—Sólo una cosa más... —Escuché que decía Colombo.

—Ya está —rió la mujer entre dientes, sin mirarme, pero dando a entender que había notado mi presencia—. Ya sabe que ha sido ese tipo. Se le nota.

Era la Señorita Sureña que me había atendido por teléfono. Mientras Colombo le pedía al asesino un autógrafo para su señora, ella se volvió finalmente hacia mí.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Hablamos por teléfono esta semana. Soy Lucy Silchester y tengo una cita con la vida —dije, rematando la frase con una risita aguda.

—Ah, sí, ahora la recuerdo. Lucy Silchester. ¿Ha llamado a esa compañía que limpia alfombras?

—Hum... No, todavía no.

—Bueno, aquí la tiene. No puedo recomendársela más de lo que ya se la he recomendado.

Colocó la tarjeta de visita de la empresa sobre el mostrador y la deslizó hacia mí. No supe muy bien si la había traído especialmente para mí o si era tan fanática de la compañía de limpiadores de alfombras que llevaba consigo un maletín de tarjetas de visita para repartirlas entre los transeúntes.

—¿Me promete que llamará? —insistió.

Complacida con su perseverancia, le dije que sí.

—Comunicaré que ha llegado. —Levantó el teléfono—. Lucy está aquí para verlo. —Agucé cuanto pude el oído para distinguir la voz de su interlocutor, pero no lo conseguí—. Sí, desde luego. Le diré que suba. —Se volvió hacia mí—. Coja el ascensor y suba al décimo piso. Gire a la derecha, después a la izquierda y entonces lo verá.

Cuando me disponía a marcharme, me detuve un momento.

—¿Cómo es?

—Oh, no se preocupe. No estará asustada, ¿verdad?

—Claro que no. —Descarté la idea haciendo un gesto con la mano—. ¿Por qué iba a estarlo?

Lo dije con la clase de risita capaz de revelar a todo el mundo en tres kilómetros a la redonda que estaba aterrorizada. Me dirigí al ascensor.

Tenía diez pisos para preparar mi entrada triunfal.

Me arreglé el pelo, corregí la postura, fruncí los labios de manera sexy pero despreocupada y compuse una pose perfecta, con dos o tres dedos de una mano metidos en el bolsillo. Todo ello transmitía exactamente lo que yo quería transmitir, pero entonces se abrieron las puertas del ascensor y vi frente a mí una butaca desvencijada de cuero, una revista femenina manoseada que había perdido la portada y una puerta de madera en un tabique de cristal con estores torcidos. Cuando pasé por la puerta, me hallé en una sala del tamaño de un campo de fútbol, con un laberinto de cubículos separados por tabiques grises. Había mesas diminutas, ordenadores antiguos, sillas con el tapizado gastado, fotos de hijos, perros y gatos sobre los escritorios, alfombrillas de ratón personalizadas, bolígrafos con pompones de color rosa atados a un extremo, fotos de las vacaciones como salvapantallas, tarjetas de cumpleaños, muñecos de peluche dispersos y tazas de café con leyendas que eran de todo menos divertidas. Había todo lo que pone la gente para sentirse como en casa en su pequeño metro cuadrado. Era exactamente igual que mi oficina y de inmediato sentí deseos de fingir que fotocopiaba algo para perder un poco de tiempo. Me abrí paso entre el laberinto de mesas, mirando a izquierda y derecha, preguntándome qué demonios encontraría y tratando de conservar el mismo aspecto calmado y amable, mientras por dentro sentía la frustración de que mi gran encuentro con la vida fuera a producirse en ese agujero de mala muerte. Y de pronto lo vi: mi vida. Estaba encorvado sobre un escritorio barato, haciendo garabatos con la cabeza baja sobre un bloc costoso, con un bolígrafo que a juzgar por los constantes garabatos no debía de escribir. Vestía traje gris arrugado, camisa gris y corbata también gris, con la triple espiral de la vida impresa en relieve. Tenía el pelo negro entrecano y parecía descuidado, con barba de varios días. Levantó la vista y me vio. Dejó el bolígrafo, se puso de pie y se limpió las manos en el traje, dejando dos huellas húmedas y arrugadas. Tenía ojeras oscuras y los ojos inyectados en sangre. Parecía resfriado y se habría dicho que llevaba años sin dormir.

—¿Eres...?

Le hice una mueca sonriente y juguetona.

—Sí —dijo él sin muchas ganas—. Tú eres Lucy. —Me tendió la mano—. Hola.

Me dirigí hacia él a grandes zancadas, fingiendo estar emocionada por la ocasión. Le estreché la mano con la mayor de mis sonrisas, deseosa de agradarle y de demostrarle que yo estaba bien y todo marchaba a las mil maravillas. Su apretón de manos fue blando. Tenía la piel fría y húmeda. Su mano resbaló rápidamente alejándose de la mía, como una serpiente deslizándose fuera de mi alcance.

—¡Bueno! —dije, con excesivo entusiasmo, mientras me sentaba—. ¡Por fin nos conocemos! —añadí con expresión misteriosa, tratando de establecer contacto visual—. ¿Qué tal estás?

Me daba cuenta de que mi tono era demasiado exaltado. La sala era demasiado grande, demasiado desierta, demasiado sosa y demasiado deprimente para mi manera de hablar, pero no lo podía evitar.

Me miró.

—¿Cómo crees que estoy?

Dijo de mala manera. De muy mala manera. No me lo esperaba. No supe qué decir. No era así como se hablaba a la gente. ¿Acaso no había que fingir que nos caíamos bien, que estábamos muy felices de encontrarnos y que volveríamos a vernos? Miré a mi alrededor, con la esperanza de que nadie lo hubiera oído.—No hay nadie —dijo—. Nadie trabaja en domingo. La gente tiene vida. Me esforcé para reprimir el impulso de contestarle mal.

—Pero ¿no trabajan también en este edificio las vidas de otras personas?

—No. —Me miró como si yo fuera estúpida—. Yo sólo alquilo este espacio. No sé lo que hacen los demás —añadió, refiriéndose a los escritorios vacíos.

Una vez más, me sorprendió. No me esperaba que fuera así. Se frotó la cara con gesto cansado.

—No he querido ser grosero.

—Pues lo has sido.

—Bueno, lo siento.

Lo dijo sin una pizca de sinceridad.

—No es cierto que lo sientas. Se hizo un silencio.

—Mira...

Se inclinó hacia adelante y, sin quererlo, yo me eché hacia atrás. Le olía el aliento. Hubo un momento incómodo. Suspiró y enseguida continuó:

—Imagina que tienes una amiga que siempre está disponible para ti y tú siempre estás disponible para ella, pero de pronto deja de estar contigo tanto como antes y tú la entiendes, porque la gente

tiene cosas que hacer; pero pasa el tiempo, y cada vez está menos contigo, por mucho que tú intentes estar con ella. Entonces, un buen día, repentinamente, te das cuenta de que no está. Nada. Se ha ido. Así, sin más. Le escribes, pero no te contesta; le vuelves a escribir, y tampoco te responde; al final, le mandas una tercera carta y te cuesta muchísimo fijar un día para verla, porque ella está muy ocupada con su trabajo, sus amigos y su coche. ¿Cómo te sentirías?

—Supongo que te refieres a mí con esa pequeña historia, pero es absurdo —reí—.

Es evidente que no es el mismo caso. Yo jamás trataría a un amigo de esa manera.

Compuso una sonrisa amarga.

—Pero a tu vida sí que la tratarías así.

Abrí la boca para decir algo, pero no me salió ni una palabra.

—Bueno, empecemos —dijo, pulsando el botón de encendido del ordenador.

No pasó nada. Seguimos ahí sentados, en una atmósfera terriblemente tensa, mientras aumentaba su frustración con el ordenador. Pulsó varias veces el botón de encendido, comprobó el enchufe, lo desenchufó y volvió a enchufarlo.

—¿Por qué no compruebas si...?

—No necesito tu ayuda, gracias. Quita las manos del...

—Deja que...

—Te digo que quites las manos del...

—Mira esta conexión, a ver si...

—Te agradecería que no...

—Ya está.

Volví a sentarme. El ordenador empezó a zumbar.

Él inspiró profundamente.

—Gracias —dijo.

No lo decía de verdad.

—¿Cuándo compraste este ordenador? ¿En 1980?

—Sí, más o menos el mismo día que tú compraste esa chaqueta —replicó, con la vista fija en el monitor.

—Eso ha sido infantil.

Me arreglé la chaqueta, me crucé de brazos, crucé las piernas y me puse a mirar para otro lado. Estaba viviendo una pesadilla mucho peor de lo que jamás habría podido imaginar. Mi vida era un absoluto cabrón, lleno de antipatía y rencor.

—¿Cómo te imaginabas que sería? —preguntó, rompiendo por fin el silencio.

—No tenía ni la más mínima idea —dije, todavía enfurruñada.

—Pero habrás imaginado algo.

Me encogí de hombros y después pensé en una de las imágenes que me había hecho de nuestro encuentro: la vida y yo en una canoa, en un lugar pintoresco, con él remando y yo leyendo un libro de poemas, con un bonito sombrero para el sol y un vestido de *Roberto Cavalli* que había visto en una revista y que estaba fuera de mis posibilidades económicas, lo mismo que la revista. Me imaginé en sus páginas, en una entrevista acerca de mi cita con la vida, con un peinado perfecto, bien maquillada, lentillas, vestido asimétrico suavemente drapeado, buena iluminación y tal vez incluso una fuente de limas y limones a mi lado. Suspiré y por fin volví a mirarlo.

—Pensé que sería como una sesión de psicoterapia. Pensé que me preguntarías por mi trabajo, mi familia, si soy feliz, esas cosas...

—¿Has ido alguna vez a una sesión de psicoterapia?

—No.

Me miró fijamente.

Suspiré.

—Sí. Una vez. Cuando dejé el trabajo. Más o menos por la misma época en que dejé a mi novio y compré otro apartamento.

Ni siquiera parpadeó.

—No dejaste el trabajo. Te echaron. Tu novio te dejó a ti y el apartamento es alquilado.

Le sonreí débilmente.

—Te estaba poniendo a prueba.

—Sería bueno para el proceso que no me mintieras.

—No son mentiras, si al final el resultado es el mismo.

Se le iluminó un poco la cara, como si eso fuera posible. En todo caso, su expresión se volvió un poco menos sombría.

—Expíciate mejor.

—Verás, si yo dijera que he ganado la lotería, sería una mentira cochina, porque está claro que no tengo dinero, pero tendría que vivir como una millonaria, lo que me resultaría como mínimo bastante complicado; pero si digo que he dejado mi trabajo, no importa, porque ya no trabajo allí y no tengo que fingir que voy todos los días a la oficina. Si digo que compré un apartamento, no es mentira, porque ya no vivo en el antiguo y estoy viviendo en uno nuevo.

—¿Y la otra cosa que has dicho?

—¿Qué cosa?

—Sobre tu novio.

—Es lo mismo. —Para mi sorpresa, me di cuenta de que me costaba articular esas palabras, porque sabía que él lo estaba esperando—. Decir que... lo dejé yo es lo mismo que decir..., ya sabes..., lo otro.

—Que te dejó él.

—Eso mismo.

—Porque...

—Porque el resultado es el mismo.

—Y el resultado es...

—Que ya no estamos juntos.

Al decirlo, se me humedecieron los ojos. Detesto a mis ojos, porque son unos malditos delatores. Avergonzada no es la palabra. No podía recordar la última vez que había llorado por Blake. Lo tenía tan superado que ni siquiera valía la pena entrar en el tema, pero fue como cuando alguien te pregunta si ha pasado algo y te lo vuelve a preguntar mil veces, hasta que al final pasa algo y entonces te enfadas tanto que tienes ganas de agarrar a esa persona y hacerle daño físico. Lo mismo estaba pasando entonces, porque él me estaba haciendo decir todas esas palabras y obligándome a decirlas en voz alta, como método para hacerme reconocer algo que en su opinión yo no había asumido, y parecía como si el método estuviera funcionando, porque empezaba a darme pena la persona que él creía que era yo. Pero yo no era esa persona. Yo estaba bien. Todo iba bien.

Me sequé los ojos rápidamente, antes de que empezaran a caer las lágrimas.

—No estoy triste —dije con gesto airado.

—De acuerdo.

—Te aseguro que no.

—Muy bien. —Se encogió de hombros—. Entonces háblame del trabajo.

—Me encanta mi trabajo —empecé—. Me produce una enorme sensación de satisfacción. Me encanta trabajar con la gente, la comunicación con el público, el entorno comercial innovador... Siento que estoy haciendo algo valioso, porque ayudo a la gente, conecto con ella, la guío por el camino correcto, me aseguro de que está bien dirigida... Una de las enormes ventajas de...

—Siento interrumpirte. ¿Podrías aclararme qué haces exactamente?

—Sí.

Bajó la vista y leyó.

—¿Traduces manuales de instrucciones para tu empresa?

—Sí.

—¿Y esa empresa fabrica frigoríficos, cocinas, hornos y ese tipo de cosas?

—Sí, son los mayores fabricantes de electrodomésticos de Europa.

—De acuerdo, continúa.

—Gracias. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Una de las enormes ventajas de mi trabajo es la gente con la que colaboro. Son personas que me inspiran y motivan para llegar más lejos y más alto, no sólo en el ámbito de mi empleo, sino en la vida.

—Muy bien. —Se frotó la frente. Tenía la piel descamada—. ¿Esas personas con las que trabajas son las que apodas en privado Graham «el Salido», Quentin «el semáforo», Louise «la Perra Preguntona», Mary «la Ratona», Steve «Salchichón» y Edna «Cara de Pez»?

Mantuve el tipo. Había quedado bastante impresionada por la originalidad de mis apodos.

—Sí.

Suspiró.

—Lucy, estás mintiendo otra vez, ¿verdad?

—No del todo. Es cierto que me inspiran para ser mejor persona. Quiero ser mejor que ellos. Me impulsan a llegar más lejos y más alto en la oficina, para perderlos de vista. ¿Lo ves? No es mentira. El resultado es el mismo.

Se reclinó en su asiento y me estudió, mientras se pasaba la mano por la barba incipiente, haciendo un ruido de papel de lija.

—Muy bien, ¿quieres saber toda la verdad sobre ése o cualquier otro trabajo? — pregunté con tono desafiante—. De acuerdo. Te la diré. No soy una de esas personas que viven y respiran para su trabajo. No me lo tomo tan en serio como para querer quedarme más tiempo del que me pagan, ni para hacer vida social con las personas con quienes comparto la mayor parte de mis horas de vigilia y con las que jamás se me ocurriría intercambiar más de dos palabras en la vida real. Me he quedado más de dos años en ese empleo porque me gusta que venga incluido el acceso gratuito al gimnasio, aunque los aparatos sean una basura y la sala apeste a suspensorios usados. Así no tengo que gastarme el dinero en ir a otro sitio. Me gusta tener la oportunidad de usar los idiomas que pasé tantos años perfeccionando. No tengo muchos amigos que hablen alemán, italiano, francés, holandés y español.

Estaba tratando de impresionarlo.

—Tú no hablas español.

—Eso lo sé yo, aguafiestas, pero mis patrones no lo saben —le dije en tono desafiante.

—¿Qué pasará cuando se enteren? Que te echarán. Otra vez. ¿Será igual de espectacular que la última vez?

No le hice caso y seguí con mi discurso.

—No suelo usar la palabra «pasión», que tanta gente usa últimamente en relación al trabajo, como si eso les bastara para llenar el día. Yo hago el trabajo que me pagan por hacer. No soy trabajo-dependiente».

—Te falta dedicación.

—¿Estás defendiendo la «trabajo-dependencia»?

—Sólo digo que se necesita cierta coherencia, ¿sabes?, cierta capacidad de entregarse por completo a algo.

—¿Y qué me dices del alcoholismo? También es una dependencia. ¿Admiras también a los alcohólicos? ¿Qué te parece entonces si me vuelvo alcohólica para que puedas sentirte orgulloso de mi coherencia?

—Dejemos a un lado la analogía—dijo, irritado—. ¿Qué te parece si reconoces directamente que te falta concentración, coherencia y dedicación?

Eso me dolió.

—Pon un ejemplo —repliqué, cruzándome de brazos. Pulsó unas cuantas teclas y estuvo un momento leyendo.

—Cuando un compañero tuyo sufrió un infarto, mentiste al personal de la ambulancia diciendo que eras pariente cercana para poder ir con él al hospital y salir antes del trabajo.

—Era un posible infarto de miocardio y estaba preocupada por mi compañero.

—Le dijiste al conductor de la ambulancia que te dejara en la esquina de tu casa.

—En realidad no era un infarto, sino un ataque de ansiedad, y se recuperó a los cinco minutos.

—Haces las cosas sin ganas, pierdes el tiempo y nunca terminas nada, a menos que sea una botella de vino o una tableta de chocolate. Siempre estás cambiando de idea. No te comprometes.

Eso me tocó la fibra en parte porque era insultante, pero también porque era totalmente cierto.

—Estuve cinco años en una relación. ¿Te parece falta de compromiso?

—Ya hace tres años que te dejó.

—Me he estado tomando un tiempo para estar conmigo misma, conocerme y todo eso.

—¿Y ya te conoces?

—Claro que sí. Y me gustó tanto que pienso pasar conmigo el resto de mi vida. Sonrió.

—O por lo menos los próximos quince minutos. Miré el reloj.

—Aún nos quedan cuarenta y cinco minutos.

—Te irás antes de tiempo. Lo haces siempre. Tragué saliva.

—¿Y qué?

—Nada. Sólo lo comento. ¿Quieres que te ponga ejemplos? —Se puso a teclear sin darme tiempo a responder—. La cena de Nochebuena en casa de tus padres, te fuiste antes del postre. El año anterior ni siquiera llegaste al segundo plato, todo un récord.

—Tenía una fiesta.

—De la que te fuiste antes de tiempo. Se me abrió la boca.

—Nadie lo notó.

—Bueno, en eso te equivocas. Otra vez. Alguien lo notó.

—No me acuerdo que nadie lo notara.

—No te acuerdas de que nadie lo notara —me corrigió, mientras seguía pulsando la tecla de ir hacia abajo.

Habría querido adelantarme hasta el borde del asiento, pero no quise darle esa satisfacción. Me quedé sentada, mirando la oficina a mi alrededor, como si no me importara nada. Y como estaba fingiendo que no me importaba, me di cuenta de que sí me importaba.

Finalmente, dejó de teclear.

Volví la cabeza, como movida por un resorte, para mirarlo.

Me sonrió. Entonces, pulsó de nuevo la tecla de ir hacia abajo por la pantalla.

—Esto es ridículo.

—Lo siento. ¿Te estoy aburriendo?

—A decir verdad, sí.

—Bueno, ahora ya sabes cómo me siento yo. —Dejó de teclear—. Melanie. Mi mejor amiga.

—¿Qué le pasa?

—Es la chica a la que le irritó que te fueras antes de tiempo de la fiesta.

—Nadie dice «irritó».

—Cito textualmente: «Ojalá alguna vez se quedara hasta el final».

Me molestó un poco que lo dijera, porque estaba segura de haberme quedado hasta el final infinidad de veces.

—Cuando cumplió veintiuno.

—¿Qué pasó entonces?

—Fue la última vez que te quedaste hasta el final de una de sus fiestas. De hecho, no pudieron deshacerse de ti, ¿te acuerdas? Te quedaste a dormir.

Tap, tap, tap.

—Con su primo.

Tap.

—Bobby.

—A ella no le importó.

Tap, tap, tap.

—Cito textualmente: «¿Cómo puede hacerme esto en mi cumpleaños? Todo el mundo sabe que mis abuelos están en casa. Estoy tan avergonzada».

—No me dijo nada de eso. Se encogió de hombros.

—¿Por qué estamos haciendo un mundo de todo esto? ¿Por qué estamos hablando de estas cosas?

—Porque ellos también hablan.

Tap, tap, tap.

—«Siento mucho que se haya ido, mamá. ¿Quieres que vaya a hablar con ella?».

Eso lo dijo Riley, tu hermano.

—Sí, ya veo.

—«No, cariño. Estoy segura de que tenía un lugar más importante adonde ir». Ayer te fuiste de la comida con tu familia, treinta y dos minutos antes de tiempo, en una salida bastante teatral.

—Lo de ayer fue diferente.

—¿Por qué diferente?

—Porque me traicionaron.

—¿Cómo te traicionaron?

—Firmando para hacerme una auditoria de la vida. Sonrió.

—Ésa ha sido una buena analogía. Pero si no fuera por ellos, ahora no estarías aquí conmigo.

—Sí, y mira lo bien que nos está yendo. No dijo nada.

—Bueno, vayamos al grano. Me has llamado porque me voy pronto de las cenas y las fiestas.

No era tan malo. Lo podía soportar. Le explicaría por qué me había ido en cada caso y adónde tenía que ir después. Podríamos acabar mucho antes de lo que yo esperaba.

Se echó a reír.

—¡No, nada de eso! Me he ido un poco por las ramas. —Miró la hora—. No tenemos tiempo para hablar de todo. ¿Te parece que concertemos otra cita?

—Todavía nos quedan treinta minutos.

—Menos de cinco, si tenemos en cuenta tu estrategia habitual de irte antes de tiempo.

—Adelante, sigue con lo tuyo —dije.

—Muy bien. —Se inclinó hacia mí—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué quieres decir con eso? Estoy aquí sentada, perdiendo el tiempo contigo.

Eso es lo que estoy haciendo.

Para la siguiente parte de la entrevista no necesitaba notas, por lo que se limitó a mirarme directamente a los ojos.

—Te levantas a las siete todas las mañanas, excepto sábados y domingos, que te levantas a la una del mediodía.

—¿Y qué?

—Comes una barrita nutritiva que sacas del armario esquinero, bebes un capuchino en el *Starbucks* de tu calle, compras el periódico, a veces vas al trabajo en coche y otras en tren, y mientras haces crucigramas. Llegas a trabajar entre las nueve y las nueve y media, pero no empiezas a hacer nada hasta las diez. A las once haces una pausa para tomar un café y fumar, aunque no fumes, porque piensas que no es justo que los fumadores tengan más pausas que el resto de los empleados. Haces la pausa para el almuerzo a la una. Te sientas sola a una mesa y haces crucigramas. Vuelves siempre tarde a tu escritorio. No te pones a trabajar hasta las dos y media, pero por la tarde eres más eficiente y terminas el trabajo. Sales a las seis.

—¿Por qué me cuentas cosas que ya sé?

Se lo dije como si no me importara, pero lo cierto es que resultaba de lo más perturbador oírse lo decir. Era extraño saber que alguien apuntaba todas las pequeñas cosas que yo hacía en secreto y las cargaba en un ordenador para que una rata de oficina las leyera como si yo fuera una especie de juego del solitario.

—Vas al gimnasio todos los días después de trabajar. Se supone que tienes que correr veinte minutos, pero siempre te paras en el minuto diecisiete, y después estás unos treinta minutos en las máquinas. A veces cenas con amigos, aunque prefieres quedarte en casa, y siempre te marchas pronto. Te metes en la cama y haces crucigramas. Te levantas a las siete.

Guardó silencio un momento.

—¿Empiezas a ver una pauta?

—Que tengo inclinación a hacer crucigramas. ¿Y qué? ¿Cuál es el propósito de esto?

Se reclinó en el asiento y volvió a estudiarme con su mirada fija y cansada.

—¿Cuál es el tuyo?

Tragué una gran bola de saliva se había formado en mi garganta.

—Eso es muy profundo.

—No, realmente no. Es sólo una pregunta. Bueno, creo que voy a hablarte de manera que me entiendas. ¿Sabes qué pasará? Vas a marcharte dentro de treinta minutos, exactamente al final de nuestra reunión, y después intentarás olvidar todo lo que hemos hablado. Lo conseguirás. Pensarás que soy un hombrecillo irritante y fastidioso que te ha hecho perder unas horas preciadas del domingo, y volverás a vivir tu vida exactamente como antes.

Calló. Esperé a que dijera algo más, pero no dijo nada. Me sentí confusa. No era posible que creyera eso. Entonces lo entendí.

—Eso es mentira.

—No, no lo es cuando el resultado es exactamente el mismo. No quería preguntar, pero pregunté.

—¿Y cuál es el resultado?

—Estarás igual de sola y aburrida y serás igual de desgraciada que antes de entrevistarte conmigo, pero esta vez será peor, porque sabrás la verdad. Lo sabrás cada segundo de cada día de tu triste vida.

Al oír eso, cogí el bolso y me marché, exactamente treinta minutos antes del final de la reunión, como él había dicho.



CAPÍTULO 6

Los Silchester no lloramos. Fue lo que me dijo mi padre cuando yo tenía cinco años y me caí de la bici, después de que me quitaran por primera vez los ruedines. Había estado a mi lado, guiándome por el caminito del garaje de casa, aunque más lejos de lo que a mí me habría gustado; pero no se lo dije, porque sabía que lo defraudaría. Incluso a los cinco años lo sabía. No me hice daño; estaba más bien en estado de *shock*, por la sensación del asfalto duro contra la rodilla cuando me di el golpe y la bicicleta se me quedó aplastada entre las piernas. Le tendí los brazos para que me ayudara, pero al final tuve que levantarme sola, siguiendo sus instrucciones. Todavía recuerdo su voz.

—Separa la bicicleta de la pierna. Ahora ponte de pie sin hacer ruiditos. Levántate, Lucy. Me levanté, encorvada como si tuvieran que amputarme la pierna, hasta que él me dijo que me pusiera de pie con la espalda erguida. Yo habría querido que me diera un abrazo; pero no se lo dije, porque sabía que quererlo o pedírselo no estaba bien desde su punto de vista, aunque en el fondo yo sabía que estaba bien. Pero él era así y yo siempre lo había entendido. Incluso a los cinco años. Quitando la época en que Blake me dejó y el día en que la vida me lo recordó, yo casi nunca lloraba y muy pocas veces tenía ganas de llorar.

Todo terminó bastante rápido. Estuvimos cinco años juntos; teníamos una vida sociable, alegre y ajetreada. Habíamos hablado de matrimonio y todas esas cosas, y aunque todavía no estábamos ni remotamente preparados, se sobreentendía que algún día nos casaríamos. Él conmigo y yo con él. Cuando fuéramos mayores. Pero en el proceso de hacernos mayores, lo perdí. En algún lugar del camino. No sucedió de un día para otro, sino gradualmente; fue desapareciendo un poco más cada día. No estoy hablando de su presencia. Siempre estábamos juntos, pero yo sentía que él estaba en otro sitio, aunque los dos estuviéramos en la misma habitación. Entonces me dijo que me sentara y tuvimos una charla. Y eso fue todo. Bueno, en realidad la charla vino después de una conversación importante.

En esa época acababa de firmar el contrato para hacer su programa nuevo de viajes y había empezado a viajar solo, supongo que para practicar, o al menos eso fue lo que pensé en aquel momento, aunque quizá había algo más. Tal vez estaba buscando algo que no lograba encontrar en nuestra fábrica de pan reconvertida. Ahora pienso que estaba saliendo con otra, pero no tengo absolutamente ninguna razón, aparte de la paranoia, en la que basar mi sospecha. Había viajado a Finlandia y, cuando volvió, cualquiera habría dicho que venía de dar un paseo por la luna o de tener una experiencia religiosa. No dejaba de hablar de la serenidad, el silencio, la paz y la sensación de unión que experimentaba con cualquier otro puñetero ser que consiguiera sobrevivir a cuarenta grados bajo cero. No dejaba de repetirme que yo no tenía ni idea y que no podía entender ni remotamente lo que quería decir. Yo le dije que lo entendía. Entendía la serenidad, la claridad y la satisfacción con la vida que uno experimenta en esos momentos perfectos. Sí, claro que lo entendía. No usaba las mismas palabras cuando lo describía, ni se me encendían los ojos de un azul puro y gélido, como si estuviera contemplando las puertas del cielo, pero sí, claro que entendía esos sentimientos.

—Lucy, no lo entiendes, te aseguro que tú no puedes entenderlo.

—¿Qué quieres decir con que yo no puedo entenderlo? ¿Cuál es la diferencia tan grande con la otra gente para que yo no pueda entender lo que se siente en un momento de puta perfección? No hace falta ir a Katmandú para encontrar la paz interior, ¿lo sabías? Algunos la encontramos aquí mismo, en la ciudad. En un baño de espuma. Con un libro. Y con un vaso de vino.

Después vino la charla. No fue inmediatamente después; tal vez pasaron unos días o quizá unas semanas. Pero en cualquier caso, fue después. Me dio tiempo a asimilar el hecho de que él me consideraba un tipo de persona diferente a él, alguien que no comprendía sus sentimientos más profundos. Nunca antes lo había notado. Yo siempre había sabido que éramos diferentes, pero no sabía que él lo sabía. Parece un detalle insignificante, pero cuando uno se para a pensarlo, acaba siendo lo más importante. Cuando yo viajaba, lo hacía para ver sitios nuevos; cuando él viajaba, lo hacía para encontrar partes nuevas de sí mismo. Supongo que cuando estás tratando de encontrar todas tus partes, es difícil tener una relación con alguien que ya está completo.

Fue entonces cuando hicimos una estupidez que desearía poder cambiar cada día de mi vida. Obviamente, yo estaba alterada. Estaba tan alterada que busqué refugio en la religión: la religión de los Silchester de preocuparnos por lo que pueda pensar la gente. Me dijo que, si eso me hacía sentir mejor, podíamos decirle a la gente que yo lo había dejado a él. Ahora, en mi actual estado de sensatez pasajera, no entiendo cómo pude aceptar semejante cosa. Pero acepté. Me sirvió después de la ruptura. Me dio la fuerza necesaria para tener aquellas conversaciones con los amigos y la familia, en las que podía decir: «Las cosas no funcionaban. Tuve que dejarlo». Porque

cuando decía eso, me hacían menos preguntas. Si les hubiese dicho que me había dejado él, me habrían abrumado con su piedad, habrían tratado de decirme en qué me había equivocado y dónde estaba mi error, y habrían tenido miedo de contármelo cuando se lo encontraran o cuando lo vieran con otra chica. Dijimos que yo lo había dejado a él para que todo fuera más fácil. Pero no fue más fácil, porque en realidad él me había dejado a mí y tuve que escuchar todo lo que se decía de él y fingir que no me dolía, y tuve que verlo en su programa de televisión y fingir que no me hacía daño, y tuve que oír a la gente diciendo que no tenía motivos para estar enfadada y que él debía de estar muy herido, el pobre, mientras yo estaba atrapada en esa gran mentira cochina.

Acabé cargando con ese secreto monumental que nadie conocía, esa bola enorme de dolor que se había convertido en ira y a menudo en tristeza y después en soledad, porque nunca tuve esas necesarias conversaciones que me habrían ayudado a superar debidamente lo sucedido. Me sentía sola en mi realidad secreta. Así pues, al principio, estaba abrumada por el dolor, el enfado y la pena, y por circunstancias que quizá revele más adelante, me hice despedir de mi empleo respetable y bien remunerado; pero para poder decir que me habían despedido, habría tenido que contar a la gente por qué me habían despedido, y yo no podía contarlo, porque después de tanto tiempo, habría sido francamente incómodo admitir una mentira de tal magnitud, así que les dije a todos que me había marchado yo y entonces el resto de mi vida se fue asentando en su nuevo espacio, en torno a una serie de enormes mentiras cochinas. Y no dejaban de ser mentiras cochinas y grandísimas, por mucho que el resultado fuera el mismo.

Eso es todo lo que pensaba reconocer, porque en definitiva estaba satisfecha con el rumbo que había tomado mi vida. Si la vida hubiera intentado citarme dos años antes, lo habría entendido, porque entonces me sentía como si estuviera cayendo a un abismo, pero después no, ya no. Había caído desde una gran altura y había quedado encajada en un lugar de estabilidad quizá precaria, que fácilmente podía partirse, romperse y hacerme caer otra vez; pero me sentía muy feliz e incluso a gusto, y todo estaba bien, perfectamente bien.

Cuando bajé al vestíbulo de la deprimente torre de bloques de Lego, la señora con acento sureño ya no estaba. Le dejé sobre el mostrador la tableta de chocolate que le había llevado, la que había dicho que le gustaba cuando hablamos por teléfono, y salí del edificio, con la idea de olvidar al irritante hombrecillo que me había hecho perder unas preciosas horas de domingo. Pero no pude. El irritante hombrecito representaba mi vida y, por una vez, no podía olvidarlo. En ese momento preciso no tenía ninguna distracción que me hiciera pensar en otra cosa (ningún coche que reparar, ningún *e-mail* que enviar, ningún fax que mandar, ningún pariente que esperara una llamada mía y ningún amigo con problemas que analizar), y me encontraba en un estado de leve angustia. Mi vida acababa de decirme que iba a estar sola y me sentiría desgraciada. No sé qué se suponía que

debía hacer yo con esa información; no tengo ni idea. No me había dicho qué hacer para no estar sola ni sentirme desgraciada y yo sólo quería luchar contra la realidad, como los pacientes que reciben la noticia de una enfermedad y aun así la niegan, porque les pueden diagnosticar una enfermedad sin que sientan síntomas. Vi una cafetería en la otra esquina y encontré la solución. Me gusta el café; me hace feliz de esa manera pequeña que tienen las cosas que nos gustan. Por eso pensé que si entraba en la cafetería, estaría acompañada, y, si pedía un café, tendría algo que me haría feliz. Ya no estaría sola ni me sentiría desgraciada. La cafetería estaba llena, con la excepción de una mesa pequeña. Tuve que pasar entre las mesas, en un ambiente de ruidosas conversaciones. El ruido me alegró, porque las voces ajenas impedirían que oyera mi voz interior. Pedí un café y me senté, satisfecha de poder escuchar las conversaciones de los demás. Necesitaba dejar de pensar. Mi vida estaba bien, completamente bien. Era una mujer que vivía sola, tenía un trabajo y era feliz. Necesitaba una distracción, cualquier clase de distracción. Se abrió la puerta de la cafetería, sonó la campanilla y la mitad de la sala automáticamente volvió la cabeza. Después, los hombres heterosexuales continuaron con sus conversaciones y el resto de los presentes seguimos mirando, porque acababa de entrar el tipo más arrebatadoramente apuesto que yo hubiese visto jamás en carne y hueso. Recorrió la sala con la mirada y se encaminó hacia mí.

—Hola —dijo sonriendo ese hombre tan guapo, con las manos apoyadas en la silla que yo tenía enfrente—. ¿Estás sola?

—¿Perdón?

—¿Hay alguien sentado aquí? El café está lleno. ¿Te importa que me siente contigo?

En realidad, había un asiento libre detrás de mí, pero no pensaba decírselo. El hombre tenía una cara preciosa, con nariz, labios y ojos perfectamente proporcionados y la línea del maxilar tan definida que casi habría podido rallar queso con la mandíbula. Pensé en mi familia, que había firmado para que la vida me llamara. No podía entenderlo. ¿Por qué demonios me había llamado la vida a mí, cuando había tanta gente desgraciada después de una ruptura? Mi caso no era una emergencia. Yo había seguido adelante. Estaba viviendo mi vida. No tenía miedo de conocer a gente nueva. No había quedado atrapada en el pasado. ¿Dónde estaba el problema?

—Sí, claro —dije, y después terminé mi café de un trago mientras él se sentaba—. De hecho, puedes quedarte con la mesa. Tengo que irme, porque se me hace tarde para encontrarme con mi novio.

Pareció decepcionado, pero me dio las gracias con una inclinación de la cabeza. Sí, de acuerdo, mentí. Pero sólo unas pocas horas después, el resultado habría sido el mismo.



CAPÍTULO 7

—Nos levantamos a las cuatro y media de la madrugada —dijo jadeando, con gotas de sudor que le resbalaban por las mejillas y se perdían entre la sombra delineada de su barbilla—. Hemos tardado una hora y media en recorrer el sendero desde el albergue hasta el Machu Picchu. Nos aconsejaron que madrugáramos para poder salir de Wiñay Wayna hacia las cinco y media, y llegar al Machu Picchu antes del alba.

Vestía camiseta azul marino, con mangas ceñidas en torno a los bíceps y marcas de sudor en el pecho, la espalda y las axilas. Llevaba pantalón corto beige de combate y botas de senderismo; tenía las piernas bronceadas y musculosas, como el resto del cuerpo. En un plano general donde se lo veía andando por el sendero, pulsé el botón de pausa.

El Señor Pan saltó al sofá y se acomodó a mi lado.

—Hola, Mary.

Ronroneó.

—Hoy está haciendo el camino del Inca. Pensábamos hacerlo juntos. Veamos con quién lo está haciendo ahora...

Estudí a las chicas que aparecían en el plano general. Ella no estaba. Pulsé el botón de reproducir.

—Como pueden ver, el sendero sigue el contorno de este flanco de la montaña y desciende hacia el bosque nuboso, antes de llegar a un tramo casi vertical de cincuenta peldaños, que conduce al último paso, el de Intipunku, que significa «puerta del sol».

Después venían varios planos donde él aparecía jadeando, tomas del paisaje, primeros planos de su cara, sus botas, su mochila, su nuca, la vista que se abría ante él y el reflejo del paisaje en sus gafas. Todo era nuevo; no había nada que le hubiera comprado yo.

—Y ya llegamos —dijo, sonriendo a la cámara, con sus grandes dientes blancos y perfectos. Miró a lo lejos, se quitó las gafas para revelar sus preciosos ojos y entonces le cambió la cara—. ¡Oh!

Hice otra pausa para verle la cara. Lo observé y sonreí. Sabía que era real, que no habían tenido que filmarlo veinte veces para conseguir su mejor expresión, que se sentía en el séptimo cielo en ese lugar y en ese instante, y, curiosamente, sentí que yo lo estaba viviendo con él, como cuando

estábamos juntos, años atrás. La cámara giró y entonces vi lo que veía él: todo el Machu Picchu extendido ante nuestros ojos.

—Ahí está el Machu Picchu, en toda su gloria. Un espectáculo fantástico.

Maravilloso —dijo, mientras lo contemplaba.

Un plano general lo mostraba a él, disfrutando de la vista. Hice otra pausa y estudié a las chicas a su alrededor. Tampoco estaba ella. Apreté el play. Había un salto a un momento posterior, en el que ya se había secado el sudor de la frente, se había puesto una versión limpia de la misma camiseta y estaba sentado, después de descansar y recuperar el aliento para las escenas finales de resumen y despedida. Hizo un breve resumen de la jornada y añadió:

—Recuerden que la felicidad no está en el destino, sino en el camino que recorremos.

Entonces sonrió con esos dientes, esos ojos, ese pelo, esos brazos y esas manos que yo recordaba rodeándome, durmiendo a mi lado, duchándose conmigo, cocinando para mí, tocándome, besándome... Dejándome tirada.

—Ojalá estuvieras aquí —dijo con un guiño, y enseguida desapareció y los créditos ocuparon el lugar donde había estado su cara.

—A mí también me gustaría estar contigo —susurré.

Tragué una bola seca y dura que se me había quedado atascada en la garganta. Tuve una horrible sensación enfermiza en el estómago y el dolor que me sobrevinía en el corazón cuando los créditos terminaban y me daba cuenta de que él ya no estaba conmigo. Esperé a que se disipara el dolor inicial, pulsé el botón de pausa mientras pasaban los créditos y me puse a buscar. Encontré otra vez el nombre de ella. Entré en Facebook con el portátil y comprobé su estado. Soltera.

Me había vuelto psicótica y lo sabía, pero también sabía que la mayor parte del tiempo mi paranoia estaba justificada, y que la mayor parte del tiempo no era paranoia, sino simplemente instinto y casi siempre con razón. Pero habían pasado casi tres años y, según parecía, aún no estaban juntos. Ni siquiera podía saber hasta qué punto estaría presente esa chica en su vida, en su calidad de ayudante de producción; no sabía cómo funcionaban los programas de televisión. Pero cuando él firmó el contrato para hacer el programa, fuimos a conocer al equipo. Cuando la vi, me dio mala espina. Eso fue todo, una de esas sensaciones que tiene una chica cuando su novio mira a otra. Después, cuando nos separamos, la sensación se intensificó y al final se convirtió en algo tan enorme que empezó a rayar en la obsesión. Pero no podía evitarlo. Se llamaba Jenna. Jenna era una golfa. Y cada vez que oía ese nombre odiaba sin remisión a la pobre chica que se llamara así, aunque no tuviera ninguna relación con la otra. Era australiana y yo detestaba a todos los australianos. Era muy raro lo que me pasaba. Yo ni siquiera la conocía, y hasta ese momento me

había gustado Australia; pero creé ese personaje a su alrededor y empecé a cultivar un gran odio hacia ella, hacia su país y hacia todo lo relacionado con ella, por minúsculo que fuera.

Sólo para darme rabia, los imaginé haciendo el amor en la cima de la montaña nada más apagar la cámara, y me pregunté con quién acamparía él todas las noches, en esa tiendecita diminuta y en esos pequeños albergues atestados de viajeros. Todos los ambientes donde pernoctaba eran demasiado reducidos para que los compartiera con otra mujer, sobre todo si esa mujer era Jenna, sobre todo si era ese personaje cultivado en mi imaginación. Seguro que entraba a gatas en su tienda en plena noche y se le ofrecía desnuda; él intentaba reprimir su impulso, pero no lo conseguía, porque era un hombre y estaba acalorado por el ascenso a la montaña. El contacto con la naturaleza despertaba aún más su apetito sexual. Cada vez que veía un episodio, me los imaginaba juntos. Ni siquiera sabía lo que hacía una ayudante de producción, aunque lo busqué en Google. No sabía si era ayudante de producción en exteriores o en los estudios, lo que suponía una gran diferencia, porque ser una cosa u otra podía significar que estaba todo el tiempo con él o que sus caminos raras veces se cruzaban. De vez en cuando, repasaba también los otros nombres de los créditos para asegurarme de que no se hubiera colado otra que estuviera durmiendo con él durante el rodaje; pero había investigado con detalle a todas las mujeres gracias al poder de Google y había llegado a la conclusión de que Jenna, la golfa australiana, era la única que podía gustarle.

Mi móvil sonó y me sacó de mi última ensoñación. Era Riley otra vez. Desde la comida del día anterior tenía nueve llamadas perdidas de Riley y dos de mi madre. Los Silchester no ignoramos los mensajes, ni hacemos dramas, ni armamos jaleo, de modo que les había mandado un SMS, diciéndoles que no podía hablar y que los llamaría en cuanto pudiera. No era mentira. Simplemente, no sabía muy bien cómo estar con ellos. No podía estar enfadada, porque como miembros de la familia preocupados por mi bienestar, sólo habían intentado ayudarme; pero no podía ponerme a charlar con ellos de tonterías intrascendentes, porque me sentía verdaderamente herida e incluso pasmada de que me hubieran visto tan necesitada de ayuda que ni siquiera se hubieran atrevido a decírmelo directamente. Siempre había hecho todo lo posible por no revelar nada de mí a mi familia, ni siquiera a Riley. Aunque era mi cómplice en las reuniones familiares, no era mi mejor amigo. Era mi hermano y hay cosas que los hermanos no necesitan ni quieren saber.

No hice caso de la llamada y, en cuanto dejó de sonar, envié de inmediato un mensaje cortés, diciendo que estaba con unos amigos. Mi hermano me respondió de inmediato con otro SMS:

«Entonces t has dejado la tele encendida, pq toy en la puerta de tu casa».

Me levanté de un salto. El Señor Pan también, pero no me siguió. Su valor siempre se desvanecía cuando llegábamos a la puerta del baño. Se metió dentro, para defenderme desde su posición detrás de la cesta de la ropa sucia.

—¿Riley? —dije a través de la puerta.

—Sí.

Suspiré.

—No puedes pasar.

—De acuerdo. ¿Puedes salir tú?

Abrí la puerta, en realidad la entreabrí para que no viera el interior del apartamento y me deslicé al pasillo. Él intentó mirar sobre mi hombro, pero yo cerré la puerta.

—¿Estás con alguien?

—Sí. Hay un hombre desnudo y cachondo, con una erección enorme, esperándome en la cama. Si quieres pasar...

—Lucy —dijo, con cara de dolido.

—Es broma.

—Entonces ¿no hay nadie?

—Sí, estoy acompañada.

No era mentira. Me estaba esperando el Señor Pan.

—Disculpa. ¿Es...? Ya sabes...

—¿LA vida? No. Fui a verlo antes a su oficina.

—¿A verlo? ¿Es un hombre?

—Sí.

—Qué raro.

—Ya ves.

—¿Cómo fue?

—Bueno, bien. Fue muy amable. Sólo quería verme y charlar un poco, nada más.

Probablemente no tendré que volver.

—¿De verdad?

—¿Por qué te sorprendes tanto? —le pregunté secamente.

—Por nada, por nada. —Se apoyó en el otro pie—. Entonces ¿todo bien?

—Sí, claro. Parecía un poco confuso, porque no entendía muy bien por qué tenía que entrevistarse conmigo.

—¿De verdad?

—Sí, fue como uno de esos controles al azar que hacen en la carretera con el alcoholímetro, sólo que en este caso fue un control al azar con la vida. Me eligieron de forma completamente aleatoria, por desgracia para mí.

—Ah, ya veo.

Dejé que el silencio se prolongara.

—Bueno, he venido porque he encontrado esto. —Sacó un par de zapatos de detrás de la espalda—. Voy recorriendo todo el reino, buscando a la doncella que se los pueda poner.

Sonreí.

—¿Me permites?

Se puso de rodillas, me levantó un pie, se fijó en que llevaba los calcetines desaparejados e hizo un esfuerzo visible para no hacer ningún comentario. Me quitó un calcetín y me deslizó el zapato en el pie. Después, me miró con fingida sorpresa.

—¿Y ahora qué? —dije—. ¿Vivimos incestuosamente por siempre jamás? — Frunció el ceño, se apoyó contra el marco de la puerta y se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada.

—¿Qué pasa, Riley? Tú no has venido solamente para darme los zapatos.

—No pasa nada —repitió—. Es sólo que... —Me miró como si fuera a decir algo grave—. Es sólo que conocí a un tipo que trabajaba contigo hace unos años en Quinn & Downing y me contó algunas cosas que...

Me observó un momento; yo intenté parecer intrigada y no asustada, como en realidad estaba, y entonces él cambió de táctica.

—En cualquier caso, probablemente estaba equivocado.

—¿Quién era? —pregunté con frialdad.

—Gavin Lisadel.

Siguió observándome con mirada intensa. Levanté los ojos al cielo.

—¡La mayor reina del drama de entre todos los jefes que he tenido! —A decir verdad, era un tipo perfectamente centrado y discreto—. Me han dicho que va contando toda clase de cosas raras sobre mí. No te preocupes. Diga lo que diga, es mentira. Dicen que engaña a su mujer con un hombre desde hace años. ¿Qué me dices de eso?

Por lo que yo sabía, estaba felizmente casado y llevaba una vida tranquila y familiar. En menos de un minuto, había destruido la imagen perfecta de Gavin; pero no me importaba, porque él también había destruido la mía, aunque la mía no hubiese sido perfecta, e incluso si lo hubiese sido, él probablemente no había mentido. Entonces sentí remordimientos y me apresuré a añadir:

—Pero le cae muy bien a todo el mundo y es muy eficiente en el trabajo. Riley asintió, sin convencerse aún del todo, pero dispuesto a cambiar de tema.

—Todavía no me puedo creer que hayas dicho lo de que papá no parecía el tipo de persona alimentada con leche materna.

Empezó a reírse y después echó hacia atrás la cabeza y se rió todavía más fuerte. Al final, me uní a sus carcajadas.

—¿Tú qué crees? ¿Piensas que la abuela se habría molestado en darle la teta? ¿Con esas tetas viejas y arrugadas?

Meneó la cabeza, disgustado por la idea.

La puerta de enfrente se abrió y asomó una cara con expresión contrita y amable.

—Hola, Lucy. Perdona, pero ¿te importaría bajar un poco el volumen? Acabo de... Oh, hola —dijo, al ver a Riley.

—Lo siento —se disculpó Riley—. Ya me iba.

—No, soy yo quien debe disculparse. Es sólo que tengo... —Señaló hacia atrás con el pulgar en dirección a su apartamento, pero no terminó la frase—. ¡Qué parecidos sois! ¿Eres hermano de Lucy? —preguntó, estudiándolo.

—Sí. Me llamo Riley.

Le tendió la mano y ella se la estrechó. Fue un poco incómodo, porque yo ni siquiera recordaba el nombre de mi vecina. Lo olvidé en el instante en que me lo dijo y después me pareció incorrecto volver a preguntárselo, de modo que nunca la llamaba por ningún nombre. Le decía «hola», «eh» y «tú», y sospechaba que probablemente se llamaba Ruth, pero nunca había tenido el valor de llamarla así.

—Yo soy Claire.

Y había hecho bien.

—Encantado, Claire.

Riley le dedicó una de sus miradas más bonitas pero a la vez dulces, fuertes y masculinas, con las que decía «me gustas» y al mismo tiempo «puedes confiar en mí». A mí esas miradas me derretían, pero Claire no se dejó envolver del todo. Se desenredó de su red de silenciosas promesas y rápidamente se despidió.

—Debes de estar perdiendo el toque, Riley. Me miró con gesto grave.

—No te preocupes, nos pasa a todos.

—No, no es eso...

—¿Qué es, Riley?

—Nada.

Interrumpió lo que estaba pensando y se dirigió al ascensor.

—Gracias por los zapatos —dije, con más amabilidad.

No se volvió; simplemente levantó un brazo a modo de saludo y entró en el ascensor. Cuando yo ya estaba cerrando la puerta de mi apartamento, oí a mi vecina, cuyo nombre se me había vuelto a olvidar, que abría la suya y decía precipitadamente:

—Si alguna vez te apetece venir a tomar un café, ven sin avisar. Estoy siempre en casa.

—Ah, sí. De acuerdo.

Fue un poco insólito. Hacía por lo menos un año que la conocía y, aparte de aquella charla en el ascensor, eran las frases más largas que habíamos intercambiado nunca. Ella no solía hablarme cuando nos veíamos. Quizá pasaba tanto tiempo en casa que estaba desesperada por hablar con cualquiera, incluso conmigo.

—Gracias. Eh... Lo mismo digo.

No se me ocurrió nada más que decir, así que cerré la puerta. Pero yo no quería que ella viniera a tomar el café conmigo, ni tampoco que Riley entrara en mi apartamento. Riley nunca había entrado en casa, ni nadie más de mi familia. Tampoco mis amigos. Era mi espacio. Pero se estaba convirtiendo en un adefesio, incluso para mí. Había que limpiar la moqueta. No se lo iba a decir al casero, porque no quería que viniera a verla y descubriera las quemaduras, ya que entonces querría cobrarme los daños. Busqué el lugar de la moqueta donde había escrito el nombre de aquella empresa y marqué rápidamente el número de información, antes de cambiar de idea. Sabía que estaba ocurriendo algo monumental. Estaba haciendo algo que era preciso hacer y a cada paso sentía el peso de mis actos. El servicio de información me conectó con la empresa y empezó a sonar el teléfono. Pensé en colgar. No era la llamada lo que me molestaba, sino lo que vendría después. Tendría que faltar un día al trabajo, esperar a que viniera un desconocido varias horas después de lo acordado y enseñarle todas las manchas privadas que era preciso quitar. Qué humillante. El teléfono sonó y sonó, y después pareció como si alguien fuera a contestar o como si fuera a saltar un contestador automático, pero empezó a sonar de nuevo. Estaba a punto de colgar y poner fin a la situación, cuando un hombre respondió.

—¿Diga?

Había ruido de fondo. Ruido de bar lleno de gente. Tuve que alejarme el teléfono del oído.

—¡Lo siento! ¡Un minuto! —gritó la voz y yo hubiese querido gritarle a mi vez que no se preocupara, que me había equivocado de número, en parte porque había cambiado de idea (no quería el engorro de un desconocido en casa) y en parte porque de verdad empezaba a creer que me había equivocado.

Busqué la tarjeta de visita que me había dado la señorita con acento sureño para ver si coincidía con el número de mi pantalla. Pero el teléfono de mi interlocutor no estaba junto a su oreja para oír mi explicación, sino apretado contra su cuerpo o contra docenas de cuerpos ajenos, mientras él se abría paso hacia un lugar menos ruidoso.

—¡Un minuto, por favor! —volvió a gritar.

—¡No se preocupe! —grité yo, pese a estar en una habitación silenciosa. Pero otra vez había dejado de escucharme.

Por fin se hizo el silencio y distinguí ruido de pasos, risas a lo lejos y, por último, su voz:

—¡Hola! ¿Sigues ahí? Me recosté en el sofá.

—Sí, hola.

—Siento haberte hecho esperar. ¿Quién eres?

—Ejem. Creo que vas a molestarte después de todo lo que has tenido que hacer para salir, pero me parece que me he equivocado de número.

—¡Después de todo esto! —dijo él, riendo.

—Sí, lo siento.

Pasé por encima del respaldo del sofá y me planté en la cocina. Miré en el frigorífico. Nada que comer, como de costumbre.

Guardó silencio y, después, oí el ruido de una cerilla y una inhalación.

—Disculpa. Un mal hábito. Mi hermana dijo que conocería a alguien si empezaba a fumar.

—Yo finjo ser fumadora en el trabajo para tener más pausas. Me sorprendió haberlo dicho en voz alta.

—¿Y si descubren que no fumas?

—Cuando hay alguien más, fumo. Se echó a reír.

—Eso es mucho esfuerzo por una simple pausa.

—Haría cualquier cosa por una pausa en el trabajo.

—¿Como, por ejemplo, llamar a números equivocados?

—Algo así, sí.

—¿Quieres decirme tu nombre o sería una infracción del código ético de los números equivocados?

—No, no tengo nada en contra de revelar mi nombre a un completo desconocido. Me llamo Gertrudis.

—Un nombre precioso, Gertrudis. Distinguí una sonrisa en su voz.

—Gracias.

—Yo me llamo Gepeto.

—Encantada de conocerte, Gepeto. ¿Cómo está Pinocho?

—Oh, ya sabes, contando mentiras y jactándose de no tener ataduras.

—Siempre igual. —Entonces me di cuenta de que si bien me sentía más cómoda que hablando por teléfono con mi propio padre, la situación era un poco rara—. Bueno, ya te dejo que vuelvas al bar.

—En realidad, estoy en un concierto de Aslan.

—Me encanta Aslan.

—Estamos en Vicar Street. Vente.

—¿Estáis tú y quién más?

—Tom y yo.

—Verás, yo iría, pero Tom y yo tuvimos una discusión y sería incómodo que me presentara.

—¿Aunque él se disculpe?

—No se disculpará, créeme.

—Tom siempre está metiendo la pata. No le hagas caso. Tengo una entrada de más. Te la puedo dejar en la taquilla.

Su familiaridad me intrigó.

—¿Y si soy una mujer casada, con diez hijos, sin dientes y con un parche en el ojo?

—¡Santo cielo! ¿Eres una mujer? Me eché a reír.

—Entonces ¿vendrás?

—¿Siempre invitas a salir a las que se equivocan de número?

—A veces.

—¿Y dicen que sí?

—Una vez, y era una señora casada, con diez hijos, sin dientes y con un parche en el ojo.

—¿Ya han tocado Down on me?

—Todavía no han empezado. ¿Es tu preferida?

—Sí.

Abrí el frigorífico. Pollo al curry o pastel de carne. El pollo al curry estaba una semana pasado de fecha, y el pastel de carne caducaba al día siguiente. Saqué el pollo al curry y pinché el envoltorio con un tenedor.

—¿Alguna vez los has visto actuar en directo?

—No, pero lo tengo en la lista de cosas que me gustaría hacer.

—¿Qué otra cosa tienes en la lista?

—Cenar.

—Apuntas alto, me gusta. ¿Me dirás ahora tu verdadero nombre?

—No. ¿Me dirás el tuyo?

—Don.

—¿Don, qué más?

—Lockwood.

El corazón me dio un vuelco. Me quedé congelada. El Señor Pan notó mi sobresalto y se levantó de un salto, mirando a su alrededor, para descubrir de qué tenía que defenderme o de qué había que esconderse.

—¿Hola? —dijo él—. ¿Sigues ahí?

—¿Has dicho Don Lockwood? —pregunté lentamente.

—Sí, ¿por qué?

Intenté recuperar el aliento.

—¿Es broma?

—No. He nacido y crecido con este nombre. Bueno, no, eso es mentira. Cuando nació, me pusieron Jacinta, pero después descubrieron que era un chico. Ahora la diferencia es mucho más notoria, te lo aseguro. ¿Por qué? ¿No te has equivocado de número después de todo?

Yo iba y venía por la cocina. Había perdido todo el interés por el pollo al curry. No creía en las señales, porque no era capaz de interpretarlas, pero la coincidencia era increíble y emocionante.

—Es que... Don Lockwood... es el nombre del personaje de Gene Kelly en Cantando bajo la lluvia.

—Ah.

—Así es.

—¿Y a ti la noticia te parece muy emocionante, porque eres fan de Gene Kelly, o de la película, o de ambos?

—La mayor fan que existe —dije riendo—. ¡No me digas que nadie te lo había dicho nunca!

—Puedo decirte, sin faltar a la verdad, que nunca me lo había dicho nadie menor de ochenta y cinco años.

—¿Ni siquiera la gente que se equivoca de número?

—Ni siquiera.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, repentinamente temerosa de estar hablando con un chico de quince años y de que la policía viniera a buscarme en cualquier momento.

—Treinta y cinco y tres cuartos.

—No puedo creer que en tus treinta y cinco años y tres cuartos nadie te lo haya dicho nunca.

—Eso es porque la mayor parte de la gente que conozco no tiene cien años como tú.

—Todavía me faltan por lo menos dos semanas para cumplir cien años.

—Ah, ya veo. ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta?

—Treinta.

—A partir de ahí, todo es cuesta abajo, créeme.

Ya no dijo nada más, y yo tampoco; la conversación dejó de fluir naturalmente y fuimos sólo dos desconocidos que hablaban por equivocación y querían colgar de una vez.

Fui la primera en reconocerlo.

—Ha sido un placer hablar contigo, Don. Gracias por ofrecerme la entrada.

—Adiós, mujer casada y sin dientes —dijo él, y los dos reímos.

Colgué y me vi fugazmente en el espejo del baño. Era muy parecida a mi madre, sólo que con una gran sonrisa en la cara. La sonrisa se disipó rápidamente, al darme cuenta de que había estado hablando por teléfono con un completo desconocido. Quizá tenían razón. Quizá se me estaba yendo la pinza. Me fui a la cama temprano y a las doce y media sonó el teléfono. Me desperté asustada, miré el número en la pantalla y, al no reconocerlo, decidí ignorarlo y esperé a que dejara de sonar para volver a dormirme. Unos segundos después, empezó a sonar otra vez. Contesté, esperando que no fueran malas noticias. Sólo conseguí oír ruido, alaridos y gritos. Alejé el teléfono del oído y entonces distinguí la música, después sentí que alguien cantaba y al final reconocí la canción. Me estaba llamando. Don Lockwood me estaba llamando para hacerme escuchar mi canción favorita.

If you think your life's a waste of time, if you think your time's a waste of life, come over to this land, take a look around. Is this a tragic situation, or a massive demonstration, where do we hide?

Volví a tumbarme en la cama y escuché la canción; después, cuando terminó, me quedé al teléfono para hablar con él. Pero en cuanto empezó la siguiente canción, colgó.

Sonreí y le envié un SMS.

«Gracias».

Me respondió enseguida con otro mensaje.

«Una cosa menos en tu lista. Buenas noches».

Me quedé un buen rato mirando esas palabras y después añadí su número a la agenda de mi teléfono. Don Lockwood. Me bastaba verlo ahí para sonreír.